ALFRED JARRY

EL AMOR DE VISITA

Lectulandia

1898 tiene una consideración especial en el breve, pero intenso, calendario de Alfred Jarry. En dicho año tiene lugar la representación de *Ubú, Rey* en el Théátre des Pantins por las marionetas de Pierre Bonard. Aparecen varios textos suyos en el Mercure de France con litografías de su propia mano. En verano acude a Corbeil, al falansterio fundado por Alfred Vallete, Marguerite Eymery, Hérold, Pierre Quillard, etc. En el mes de junio ha aparecido *El amor de visita*, publicado por su amigo Pierre Fort, bajo sello editorial cuyas obras gozan de una reputación más bien dudosa. Alfred Jarry, en fin, todavía no ha roto «con todos sus amigos al igual que consigo mismo», ha cumplido los veinticinco años y afronta su ausencia de futuro literario con cautivadora soberbia.

Estructurado en forma de diálogos o escenas de una farsa, los once capítulos de *El amor de visita* se corresponden a otras tantas visitas en las que nuestro héroe, Lucien, da rienda suelta a su vena paródica, incisiva, insolente y rica en hallazgos humorísticos a costa del siempre escarnecido bello sexo. Desfilan ante nosotros una serie de personajes caricaturales hasta llegar, inevitablemente, al más caricaturesco de todos ellos: el Señor Ubú. En las parodias, el primer parodiado es uno mismo, y así, Jarry cierra el círculo a través (que no en pos) del amor y nos devuelve a nuestra digna mediocridad. En el viaje no faltan, se prodigan, ocasiones de sonreír, pero la obra encierra asimismo otros raros encantos, un trabajo no por oculto menos demoledor. Jarry, maestro del humor y del dolor, juega con falsas citas y citas verdaderas, con la Literatura y las literaturas, con esa pasión y furia destructora que los surrealistas habrían de recoger aún viva e intacta.

Alfred Jarry

El amor de visita

ePub r1.0
Titivillus 07.12.2022

Título original: *L’amour en visites*
Alfred Jarry, 1898
Traducción: José Luis Vigil
Retoque de cubierta: diego77

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

I

EN CASA DE MANETTE

¿Que no utiliza el pasillo? Sería más sencillo. Demasiado sencillo: trepará a lo largo del historiado y rígido desagüe, junto a su balcón. Un pie en la conjeturable solidez de esa reja y el otro en el saliente de esa escultura, y podrá alcanzar fácilmente el dormitorio, en el desván. Todo está quieto, exceptuado el que en su interior gira una pequeña rueda de molino, una ruedecita absolutamente loca, tac y tac y de nuevo tac: el agua parece barbotar en el interior de su pecho, con ruido de espuma al pie de las cascadas, o de viento entre los árboles.

No tiene vértigo por el vacío que hay debajo, sino por el que le llena hasta el borde. Lo mismo le sucedió ya cuando consiguió cierto premio en el colegio. Canturrea y se trata de idiota. Si utilizara el pasillo, encontraría a su tío flirteando con la señorita de compañía, tal vez a su madre, dirigiéndose a la habitación de su padre con paso de loba, según su hipócrita costumbre…

«¿Por qué mamá no quiere tener aspecto de acostarse?»

Reflexiona, ríe y se encabalga.

Todos intentan las visitas tradicionales.

El Amor es un sillón en la Academia. Ha leído las consideraciones de los periodistas, durante el café, por hacer algo, acerca del discurso del último ingresado. Es un candidato… *cande… cándido… candidato*. Le resbala el pie. Se desprende una piedrecilla. Subirá menos rápido de lo que había supuesto.

Abraza el desagüe como un popular mástil de cucaña. A punto fijo, no sabe todavía lo que va a hacer. Puede caer, matarse, quedar tullido. Ha visto en los cruces de caminos unos postes que son calvarios con imágenes de huesos rotos y emblemas de muerte esculpidos en la parte inferior. Tiene visiones de chiquillo moribundo transportado en vehículos blancos y rojos. Hasta en la valentía de desperdiciar mucha fuerza, la idea fija de jugar a juegos de manos con la criada le toma valeroso por algunas horas.

Y vuelve a trepar, entre orgulloso e inquieto, sin la audacia de una mirada hacia atrás. A los quince años, se es un hombre; sólo que el desagüe está mucho más erizado de puntas de lo que se imaginaba. Se despelleja los dedos, se corta las palmas de la mano y, bruscamente, nota magulladuras, allí, en las partes de las que tendrá necesidad dentro de poco.

¡Uf! una comisa. El pie izquierdo está por fin apoyado y el otro va a seguirle. No, hay puntas de lanza por ese lado y en amenazante formación. ¿Bajar después de haber subido? Jamás; después de haberla emprendido, hasta esa gloriosa iniciativa contada cuando regrese al colegio. Hay que orientarse. Cerca de ese canalón hay asidero con las manos, con los dientes si es preciso.

En un espejo reconocería el gesto de un bandolero, ciudadano de un viejo libro ilustrado, y la ascensión de las armas agarradas con la boca.

Un incorporamiento: muy bien, a pulso, excelente movimiento de antebrazo sobre las palmas y todo el peso del cuerpo como volando por el empuje de los codos apretados del más resistente alumno de su gimnasio. Está en otra cornisa. Esto es pan comido.

«¡Sí hombre, está tirado!»

Tiene siempre, de ese dicho del sillón[1] y también de la Academia… *academias*, la imagen de mujercitas desnudas, con muy mal tipo, ojeando cuadernos.

¡Uf! el hombro se magulla contra el muro. Un nuevo relieve de piedras esculpidas y recortes de herrajes le entra en el muslo. Qué tontería, la ornamentación de la fechada con esta reja, demasiado nueva. Sus padres, unos imbéciles. ¡Vaya! luz en el cuarto de Manette. No se espera este visitante.

¿Y si espera a otro? Con un violento esfuerzo, se iza. Siente calor, ese calor terrible de la gente que va a cometer alguna mala acción. ¡Oh! el crimen surgiendo del cascarón, acariciar a las chicas con manos de asesino. Se inclina y súbitamente siente mucho frío. ¡Demonios! está más alto que las copas de los árboles del parque. El cielo se despliega, inmenso como la caída de un mar, compacto, sobre un solo hombre. Y tras el choque de los plomos y las mallas del esparavel, la ruedecita de molino se apresura, en él, a vaciar nuevos torrentes de agua helada. No es momento de hacer bromas.

Además, la lima, allá lejos, le mira fijamente; una luna excesiva, abierta conforme a la redondez de una boca que aúlla:

«¡Estoy perdido!»

Un segundo, un minuto (en los folletines, añaden siglos).

Le viene la idea de pedir auxilio, pero es evidente que no hablará; que incluso no hablará nunca más, lo nota.

Se esfuerza en imaginar extravagancias que le aguardan. Todo esto le parece muy desagradable.

Salir de esta situación mediante otro incorporamiento más ágil: a pulso, de nuevo a pulso y bajar… Oye caer pequeños cascotes.

Maldice.

Un ruido de ventana que se abre. Bueno, sólo faltaba la aventura de una o uno asomándose sobre su desastre.

Es Manette.

Como ella no puede verle bajo la vertical de la cornisa, permanece un instante al acecho. Nada. Contiene la respiración. Si ella le tiende cualquier clase de ayuda será muy ridículo.

Y además, no se solicita ese tipo de ayuda a una mujer *que peina*. Manette peina, peina cabellos[2], no suspende hombres en el vacío.

Manette va en camisón, y bosteza.

Algo casi anormal, él tiene ganas de bostezar también. Es nervioso. Y el vacío, entre él y la cornisa, bosteza.

Las piernas se hacen de plomo, como la cornisa, que cede muy despacio, se dobla, se alabea y forma un pico cada vez más agudo.

Le parece al héroe, portador de cadenas, que es un gran pez de hierro aferrándose a un imán. No se sostendrá. No podrá sostenerse más, y su filosofía le dice:

«Es muy honorable.»

Va a irse contra el suelo por el camino más corto, a hundirse en medio del parque, haciendo un agujero en la salpicadura verde de los grandes brotes de ramas, y morirá sin duda un poco, a pesar de que ello le ponga de mal humor.

Manette, arriba, permanece inmóvil.

Mira la luna.

No tiene aspecto de saber por qué ese astro es amarillo.

Corre una leve brisa, transmitiendo un perfume de flores de castaño.

Él alza el rostro, le rechinan los dientes.

Bastaría tan sólo poder alcanzar la gárgola del rincón y entonces todo el cuerpo descansaría a lo largo de esa maldita comisa que cede continuamente. Igual que un ahogado palpando el fondo de arena movediza, apoya las plantas sobre algo movible. Es uno de los postigos del tercero, que han olvidado cerrarlo. Se mueve terriblemente, pero resiste y puede respirar.

El tiempo de reconocerse sano y salvo, de decirse que debe salir de este lance con toda naturalidad, sin otro daño que las falanges rasguñadas, y ejecuta un salto de carpa.

Ya está.

Manette está asustada:

«¡Señorito Lucien!»

Él se ríe a carcajadas. A estas alturas le es lo mismo reír. Está en el bajo y humilde mundo de la servidumbre, y entra en él imitando los aires de su tío:

«¿Qué? Es inútil que pongas esa cara… Elijo el camino más corto, puesto que la puerta está abierta por ese lado y has echado el cerrojo de la ventana del pasillo…»

Se sienta en la cama, estrecha, y cuyas sábanas están sucias. En un rincón hay una mesa de café, chapada, con un cántaro, un trozo de jabón de Marsella y una palangana en la que baña su calvicie el cepillo de las uñas.

La llama de la vela es una aureola de mosquitos, y todo de moscas aplastadas tapizan las paredes del recinto, del que cuelga, solemne, un retrato de Félix Faure. Una alfombrilla, delgada como una hoja, de color herrumbroso y con flecos a los lados, completa el lujo. Manette levanta los brazos y automáticamente los baja.

Es evidente que no entiende nada absolutamente. Lleva un refajo de algodón azul y unas medias viejas. Va peinada a lo Forain, con los pelos tan tiesos, que no se pueden soltar porque los bastones tampoco se enlazan entre sí, como si estuvieran embreados. Usa una pomada especial que huele a rosas podridas. Rubia, con pelos muy largos en los brazos, tan pronto rubios como morenos, según las fluctuaciones de su mugre personal; tiene una nariz que se adelanta como el hocico de una comadreja. No es fea, porque es joven; tiene redondeces en el cuello y en los senos.

Sus senos tienen el aspecto de dos tapaderas redondas que no ajustaran bien en la caja; hay cosas dentro y tal vez sean bonitas, a menos que sean abominables.

Bien plantada, encorsetada (uso los viejos corsés de la Señora), tiene atractivo, gancho, de lado, del perfil, de todo lo que usted quiera. Le bastaría *acostarse* sin quitarse la ropa. A pesar de ello se notaría aún el olor a rosa podrida, a arenque ahumado, a bacalao, a agua de fregar, un olor de mil olores detestables, dominado por una fragancia exquisita de chica mal lavada.

Lucien está muy fastidiado. No razona, la situación está muy clara. La vela parece velar a dos muertos.

MANETTE: ¡En fin, está loco!

LUCIEN: ¡Déjame en paz! Estoy cansado. Voy a acostarme.

MANETTE: ¿Supongo que no en mi cama?… ¡especie de golfo!… o llamo a la Señora, ¡vaya!

LUCIEN: Puedes llamar al Gran Turco. Me he metido en la cabeza que me acostaría contigo esta noche. ¡No puedo dormir! Mi cama es demasiado grande. Desnúdame. Estoy molido.

MANETTE: ¿Ha subido por la cornisa? (*Levanta los brazos.*) ¡Ha subido por donde los ladrones! (*Los baja.*)

LUCIEN: ¡M…!

MANETTE: ¡Si ha venido para decirme eso!

LUCIEN: ¿Tienes tafetán inglés?

MANETTE: Desde luego que no, pero *¡tengo hilo!*…

LUCIEN: ¿Cómo hilo? ¿Y por qué no agujas?… Tengo las piernas llenas de rasguños y si me quito el pantalón no es para enseñarte lo que supones. Es igual, dame una toalla y agua. ¡Muévete!

MANETTE: ¡Ya está bien! Es vergonzoso. Un joven que parece un ángel y que viene *adrede* a pellizcarme el c…o. Llamaré a la Señora.

LUCIEN, *metido en la cama hasta la barbilla*: ¡Ay! Es como meterse en un orinal y ¡está mojado! Desde luego, tengo la columna vertebral partida en dos. Manette, para tu gobierno, la columna vertebral es un palillo de tambor que se traga al nacer. Y ahora, acuéstate en la alfombra si quieres y nada de discursos; me molesta. Apaga la vela.

Tranquilidad absoluta.

Afuera, los castaños se agitan. Una lluvia de flores cae en la guata del silencio y permanece fresca, mezclada sin embargo al centelleante vuelo de los insectos. La luna se alza poco a poco hasta la comisa. Asciende como una virgen, blanqueando los escalones con el candor de sus pies.

Manette, que ha soplado la vela, se transfigura y se alza a su vez, toda blancura, toda desnudez, sobre el rostro de Lucien. Él hace como que duerme. Está derrengado, tiene miedo de parecer menos *el Señorito*. Intenta bromear, no se le ocurre nada y preferiría estar solo.

MANETTE: Querido… (*Suspiro.*) No es razonable.

LUCIEN: ¡Cierra el pico! Vamos, déjame tranquilo. No tengo ganas. Pero, sabes, sólo me vienen cuando tengo calor. Así que…

MANETTE: ¿Quiere que le haga entrar en calor, a ver si soy o no formal?…

LUCIEN, *haciéndose rogar*: No, nada de eso, Manette… o llamo a mamá. Prefiero que me cuentes cosas picantes; como ayer.

MANETTE: ¡Es demasiado atrevido, usted! ¿Me pregunto de dónde habrá salido?

LUCIEN: ¡De un sitio que tú ya debes haber visto en papá!

MANETTE, *muy cariñosa*: No me atrevería nunca a acostarme de verdad con usted… es demasiado chiquillo, si eso le lastima. Después de todo, eso sería exacto. ¡Dicen que en los prostíbulos rechazan a los muchachos según la edad que tengan!

LUCIEN: ¡Oh, ya, desde luego! ¡los prostíbulos! Voy cada tarde en el colegio. Tú no sabes nada, cabeza de chorlito… en el *Sta*, tenemos una clase para enseñarnos a ir con mujeres. ¿Te asombra? ¡No descuidan nada para educarnos a nosotros, los jóvenes de mundo! Además eso desarrolla los músculos. ¡Es excelente para la salud! ¡Oh, no serás la primera!… he conocido ocho mujeres antes que tú, e incluso había una que… (*Busca.*) ¡Pues claro! ¡Una que tenía la v…!

Rompe a reír.

MANETTE, *melancólica*: ¡Oh! yo la tuve hace ya mucho tiempo… eso no deja señal.

LUCIEN, *muy cariñoso*: ¿Se te ha pasado el enfado? Te daré mis corbatas viejas y además tres francos, porque ese es el precio.

MANETTE: Si al menos me hubiera avisado, habría cambiado las sábanas. Por mi parte no veo ningún inconveniente.

LUCIEN, *muy asustado*: ¿Di, pues? ¿Tienes *melisa*? No sé lo que me sucede. ¡Tengo náuseas!

MANETTE, *con voz sorda*: No hagas caso, mi niño. Siempre pasa eso cuando no se tiene costumbre.

Y afuera la luna se desliza, por los cristales, en anchas gotas de ámbar.

II

EN CASA DE MANÓN

Una escalera de muchos peldaños. Las varillas de cobre relucen, fijando el tapiz sangre de buey, como los múltiples rayos, a lo largo de una regla, de un dibujo del sol hecho a lápiz. Sube lentamente, casi sofocado. Ha bebido un poco, cuenta los peldaños:

«Uno… veinticinco… treinta y uno… cuarenta y cinco… ¡cincuenta y uno!»

Por entre las cifras se abren paso las ideas, enjaulando el corazón con el esqueleto de las ideas:

«¿Por qué vive tan arriba esa mujer? ¡Quedaré extenuado antes de llegar! ¿Por qué me ha invitado tan sólo a tomar una taza de té? ¡Tengo sed suficiente como para doce tazas! ¡Cuarenta y cinco tazas! Cincuenta y una tazas de té. Creo que estoy achispado, pero eso no tiene importancia. Averiguaré por qué me ha invitado esta tarde y ¡si tiene cúmel! El buen cúmel, si se toma en cantidad suficiente, es lo mejor que se ha inventado para quitar la resaca. ¿Tendrá cúmel auténtico? Se dice que las mujeres distinguidas reciben muestras de parte de todas las casas deseosas de colocar sus comestibles… Manón es un rato célebre, puesto que se vende su foto a cincuenta céntimos… Cincuenta y un peldaños…»

Ha tropezado contra una de las varillas de cobre, con sonido de fuego encarándose al atizador. La hostilidad devoradora del tapiz rutila, prolongando su uniforme de soldado. El uniforme de la escalera, con más cobre y mayor graduación, menos la banda, es también rojo para que la sangre no *deje rastro* durante las idas y venidas de los numerosos pies guerreros de todos los amantes que suben a su casa. La batalla de los pies, subiéndose los unos sobre los otros sin darse cuenta. Se detiene ante un espejo que es una especie de puerta abierta en torno a un soldado muy parecido.

«Perdón, señor.»

El Doble no contesta. Lucien piensa, con la mano en el quepis:

«Es mi *doble*, mi superior.»

Saluda.

El hombre que calla es siempre un superior, incluso cuando está bebido.

Y Lucien se dice:

«¡No, es que ese tipo está borracho!»

Después se da cuenta que es él y esto le incomoda.

Reajusta su traje. Ha venido en permiso de medianoche, ha cenado tan cumplidamente que se ha olvidado ponerse un pantalón más oscuro. Se enguanta unos guantes muy blancos y se empeña en hacer entrar el pulgar derecho en el dedo pequeño de la mano izquierda.

El asunto se complica hasta que llega delante de una nueva puerta, claramente abierta ante una mujer en delantal. Sin demasiado esfuerzo se convence a sí mismo de que, esta vez, no está delante del soldado de hace un momento.

La llama de una lámpara de gas le salta al rostro como la lengua de un perro ladrando. Un poco extrañado, con los brazos extendidos, la cabeza hacia adelante, avanza hacia la criada, y ésta le zarandea:

«¡Ah, vaya!, ¿así pues, es usted a quien está esperando la Señora?»

Él farfulla:

«Sí, señorita, creo que soy yo.»

No acaba de creérselo, esta chica.

Para demostrárselo mejor se quita, con gesto maquinal, ambos guantes y los deja plantados en cualquier sitio, sobre las flores, de pronto se da cuenta de las flores que le rodean —se diría incluso que parecen molinillos, esos molinillos de los que los tenderos venden la rotación de papel en la invisibilidad de las aceras; y helo aquí, tropezando con los muebles, hundiéndose con las cortinas; se asfixia con estos enredos. Se le hace casi imposible andar, pero se encuentra muy a su gusto, por ejemplo: como si nadara en un baño tibio, con el agua ennoblecida por una esencia rara.

Aún más flores. Todo un árbol.

Nota que se le sienta a la fuerza en un sillón, bajo la sombra del árbol. Le cuelga la cabeza, quiere mantenerse a bordo del barco; porque, según su orientación actual, se encuentra sin ninguna duda a bordo de una barca, y con mar gruesa.

Le vienen de nuevo las ideas fijas de Bretón, piensa en el destino de los marineros en las mareas vivas de equinoccio, que arrojan nuevamente las almas con el aspecto blando de luminosas medusas.

«A fe mía que, al paso que vamos, llegaremos hasta China… ¡vaya! precisamente aquí hay porcelanas del Japón. Ese cuadrado blanco grande, tal vez sea un banco de hielo… ¡un oso blanco! ¡Qué mal bicho, y pensar que las mujeres disfrutan yendo debajo! Por suerte estoy en un barco. ¡Ah! se huele el almizcle. ¿Habrá caimanes ahora? ¡Dicen que el cocodrilo huele el almizcle! Qué caradura, el caimán, extenderse a lo largo de mi barco. Espera, amigo, voy a tener que guiarte a palos…»

Levanta el brazo y el decorado se viene abajo con estrépito de porcelana de una gran vasija rota de un puñetazo.

Lucien se vuelve hacia el otro lado. Libre de la preocupación del cocodrilo, su barco se hace de nuevo a la mar con todas las velas desplegadas, se abalanza sobre las alfombras de piel, sobre los cestos de flores y la cima del mástil, que es una palmera de maceta, adornada con un chal de sedería. Salta de un sillón al otro, hace bailar sobre la punta de los dedos objetos de cristal sin romperlos y atraviesa las tulipas de las lámparas sin apagar la llama.

Con brisa de alta mar, las jarcias de la arboladura le baten furiosamente contra las sienes. Cierra los ojos para no tener vértigo. ¡Ay! no todo es fácil en el oficio de capitán. La tempestad aumenta. No está mareado, porque su estómago es capaz de tragarse el flujo de un océano de champaña sin por ello devolver el reflujo, sino que por el contrario se encuentra cada vez mejor, tanto, que hace saltar los botones de su uniforme de capitán.

«¡Si esto se pone feo, todo el mundo al agua!» ordena con voz potente.

Y continúa desnudándose tranquilamente.

La criada, asustada, ha ido a prevenir a su ama.

Manón se dispone a salir. No espera a nadie y quiere darse una vuelta por los Variétés, entrar un instante en las galerías y *levantar* a un viejo cliente, nunca en forma, al *mirón* de sus noches de spleen que, por el luis de la tarifa, le palpará las ligas mientras le habla de la cotización de sus acciones.

Bosteza mientras se maquilla, pensando en que ese joven moreno, al que desea porque su carta y su fotografía eran graciosos, no es más que uno de esos chusqueros de cuartel, capaces de todo menos de un encaprichamiento serio. Le divertiría, sin embargo, a ella, la gran horizontal, el vino de marca, ser degustada una vez por el total desconocido de lengua lozana.

«Señora, ¡está borracho!», exclama escandalizada la sirvienta.

Manón brinca de alegría, tira la peluca y el colorete. Se arremanga las faldas como una niña que va a saltar la cuerda; corre, volcando muebles, se arroja en el salón y se detiene con una carcajada.

«¡Pero si está durmiendo, mi cariño!»

Duerme con un ojo abierto. Sueña que a la vista de una isla verde, su barco se detiene bruscamente. Está en el puerto. Todos los pasajeros han perecido porque él los ha arrojado, uno a uno, a los cocodrilos para desembarazarse de ellos. El último aullaba como un asno y, según es costumbre, le largó un golpe de remo en la cabeza para aturdirlo y salvarlo mejor a continuación, por más que los ahogados no pudieran ser salvados más que ya muertos. Habiéndose roto otro jarrón, abre los ojos.

Manón se parte de risa.

«¡Es que es cierto! ¡Está completamente borracho!»

Anda sobre los restos de porcelana y los pisotea alegremente.

¡Magnífico! ¡No es feúcho! El chiquillo se cree en una casa de lenocinio y ella está dispuesta a consentirlo. Le admira, reconoce que es exactamente lo que esperaba.

«Tiene aspecto de niño. Es mono. ¡Querido! ¡Le harás una sonrisita a tu madre!»

Está arrodillada. Él, súbitamente desembriagado, se levanta. ¿Cómo ha llegado hasta este salón? ¿Y esta mujer que le mira, en el suelo, vestida de encajes? ¡Pero si es Manón, la célebre Manón, la gran zorra! Manón, cuyas noches cuestan cincuenta luises… y le vuelve la obsesión de la escalera, dice atropelladamente:

«¡Cincuenta y un escalones! me… —¡ya estoy!»

Después, comedido, con tono de quien sabe a qué clase pertenece:

«Excúseme, querida señora, tengo un dolor de azotea… no se lo puede imaginar. He comido con unos amigos que partían para Creta y, claro (*sonrisa de complicidad*), ¡hemos brindado por los Turcos! No debiera haber venido.»

Se siente idiota y, a la vez, con una libertad en el pecho… ¡Ay! una libertad… en efecto, su camisa está abierta, un aire cálido le acaricia, le cosquillea como si fuera con plumas.

Manón recobra de nuevo todo su garbo de princesa de la calle. Juega a intimidarle, se pone en pie, en plan mujer de mundo:

«¡Comprendo! Una taza de té le repondrá. Estaba a punto de salir, tampoco le esperaba.»

¡Salir, con esas ropas! Está un poco prohibido, desde luego. Va vestida con una bata transparente, adornada con encajes de Valenciennes, rojos como su cabello. ¡Caray! Un tipo de uniforme nada común. Los hay parecidos a ese en *Fin de siècle*, *Don Juan*, *La Vie parisienne*… y todos los sucios periódicos de chicas descotadas se le subieron a la cabeza. Le horrorizaron esas estampas

en las que por dos monedas se ofrecen bodas para mirar con los ojos bien abiertos y que os dejan más alterados que si fuera por un millón. Por compostura, se abrocha de nuevo la ropa y murmura con tono colérico:

«¿Ha sido un error venir con pantalones rojos, verdad?»

«Que va, adoro los soldaditos, se lo aseguro. ¿Cómo diablos hizo para dar la talla?»

Él se queda inmóvil, apoyado en el sillón, presa de un temor que, poco a poco, se convierte en cólera. Y bien, ¿cómo? ¡Tiene la talla necesaria y ella le está fastidiando con sus modales! Ha pagado ya su foto con diez monedas y está dispuesto a pagar los haberes, al original, en billetes de banco, puesto que ella no *marca el paso* sin esa formalidad.

Si ha tenido la singular idea de ofrecerse esta muñeca, de escaparate parisién, es el momento de demostrarse que una mujer distinguida *no es más que eso*. Tiene ganas de decirle brutalmente: «Señora… ¡Ah, cáscaras!, ¡no me mire de esa forma! Soy bretón y tengo muy poca paciencia… ¡Si no vale más que cualquier otra, lo sabré enseguida! No me envíe a paseo… Tengo dinero.»

Y con gesto que nota muy tranquilo, busca la cartera.

Manón le toma en consideración, bajo la asustada estupefacción de semejante aplomo. Seguramente tiene veintiún años. Un hijo de familia zafia y provinciana, educado en prados «verdes» igual que los tercos borreguitos cuya negra lana salta en los picos de los acantilados de Finisterre. Pero la taciturna mirada de sus ojos está llena de cosas inquietantes, atestiguadoras de la raza de la que salen los desertores y los asesinos; la raza, con toda seguridad, de los aventureros piratas de los océanos de antaño que, cuando la ola les traía el naufragio de un cinturón de oro, remataban al náufrago para conseguir el cinturón. Sólo por cómo resuelve el asunto del dinero, se adivina que su padre debe ser un honorable notario de pueblo, descendiente de una nobleza de bandidos.

Manón titubea. Debería ponerlo en la puerta. Sería lo más prudente. Ha roto los jarrones del príncipe Korisky, viejos esmaltes cuyos fragmentos todavía podrían venderse, uno con otro, por cinco luises. Suponiendo que ella *marque el paso* por ese precio, perderá la diferencia de los esmaltes intactos.

Por una costumbre judía de sopesar mentalmente los beneficios de una aventura, hace balance entre los ojos del muchacho y los fragmentos de tiesto que cubren la alfombra. Sólo que, ella, tiene el enorme defecto de no ser judía; *marcará el paso* a pesar de ella misma, sin reconocérselo, sin responderle.

Llama para que traigan el prometido té.

Entra la criada y trae una bandeja. Lucien respira y a la vez se muerde los labios para no decir una tontería.

Se sientan.

MANÓN, *sonriente*: ¿Un poco caliente, no?

LUCIEN: Sí, ¡a pesar de todo! (*Piensa:*) ¡Diablos, no consigo lanzarme, debo parecer un zoquete, me arrepiento de haber venido cocido! Debe encontrarme de un cretino…

MANÓN: ¿Le hacen trabajar mucho en el regimiento? He oído decir que los cabos eran muy duros con los soldados jóvenes.

LUCIEN: Yo, no doy ni golpe, y mi cabo es quien me saca brillo a los botones cuando salgo de paseo.

Piensa:

¿Por qué narices le doy la lata con este cuento? No lo conseguiré nunca: continúo perdiendo la chaveta… Pero ella tiene un aspecto demasiado elegante, ¡empieza a cortarme! ¡Vamos! Pasemos al cúmel. (*Toma un frasco al azar.*) ¿Me permite, señora? es para el enfriamiento.

Se sirve la mitad del frasco.

MANÓN, *con suavidad*: ¿Sabe que no quedan más jarrones?

LUCIEN: ¡Me es igual, no me voy a dedicar a romper jarrones toda la noche!

MANÓN: ¡Esperémoslo! ¿Así, pues, es usted bretón?

LUCIEN, *con rabia*: Ya se lo he dicho. ¿Le molesta?

MANÓN: Bretaña es un país magnífico.

LUCIEN: Supongo que para colmo se burla usted de Bretaña y de los bretones.

MANÓN, *quitándose los anillos y jugando con ellos*: No me burlo de usted porque… ¡Qué tonto es!

LUCIEN, *atreviéndose a acercarse*: No, no soy tonto y la prueba es que me he quedado… a pesar de que tenía unas ganas tremendas de…

Como en sueños:

Entonces, ¿es verdad que es usted… y soy yo?

MANÓN, *arrojando los anillos en la taza del muchacho*: No sé nada. Qué

ocurrencia escribirme esa carta. No bebas ese té, está lleno de licor, has puesto anís dentro… ¡vas a reventar!

LUCIEN, *rechazando la taza*: Desde luego, no pienso comer de ese pan. ¿Por qué quieres ahora fundir tus anillos?

Enterneciéndose:

¿Es verdad, dime, que tienes un cajón repleto de cosas picantes para los señores viejos? Uno de mis amigos, periodista, me lo ha contado… Y además, el Ruso, ya sabes, ¿el oficial ruso que te dio el collar de su mujer, un collar de veinte mil rublos? ¿El otro día se decía que se había quedado en París? ¿Y tu peluca de hilos de oro? ¿Y tus faldillas de Émilienne… No, de *Valenciennes de Alençon*? ¡Ah, hacen bromas sobre tu ropa interior, tus exteriores y tus lados! Vengo a verte porque creo que vale la pena. Me he dicho: «Si me pago setenta a cuarenta monedas pieza, durante mi vida, será el mismo precio que una sola realmente asombrosa… así que prefiero la asombrosa, es decir setenta de una sola vez… ¡me entiendes!»

MANÓN, *pensativa*: Comprendo… ¿no me quieres?

LUCIEN, *partiéndose de risa*: Está buena… Yo estoy a punto de licenciarme, pero no quiero desposarte todavía, pequeña. (*Recobra la seriedad*.) ¿Es que tengo aspecto de un hombre borracho? ¿Dime, me enseñarás el cajón, el cajón para los señores viejos?

MANÓN, *con la mirada fija*: Sí, si me diviertes.

LUCIEN, *en filósofo*: ¡Un Bretón no divierte a las chicas, mujer!

MANÓN: Y si te pongo en la puerta.

LUCIEN: ¡No te digo que tengo el dinero!

Le da un codazo con aire travieso.

¡No te hagas la tonta, tienes más ganas que yo, ahora que me conoces!

MANÓN, *muy digna*: Se olvida usted de los criados, señor mío.

LUCIEN, *poniéndose en pie con dificultad*: ¿Cómo?, ¡tus chachas y tener asuntos con mi menda! No, acaba ya con esa música o te doy una mano de palos como a tus falsos jarrones del Japón. Son las diez, pequeña. Tengo que largarme a medianoche. Y no tengo intención de irme al calabozo por culpa de tus ojos, desde luego… Además el té, a mí, me altera el corazón y te prohíbo chupar delante de mi persona… hay cosas mejores que beber. Toma, aquí están los quinientos machacantes del ala.

Arroja los billetes de banco sobre la mesa de té.

Pero te aviso, soy exigente a cambio de mi dinero. Quiero frivolidades, todo el cajón, ¡vamos! ¡Démonos prisa!

MANÓN, *reventando de risa*: No, si tiene una gracia. ¡Nunca había visto nada parecido! Y tampoco es feúcho… la verdad es que está muy bien… y se va a los precios altos… como si fuera un amante de categoría… y en realidad todavía es un niño… Vamos, niño, no te enfades… para *todo el cajón*, necesitaríamos hasta mañana por la mañana, en serio. (*Le toma por la cintura*.) ¿Estás furioso, dime?

LUCIEN, *furioso*: Te prohíbo que me beses en la boca… porque yo… (*lloriquea*) porque tengo prometida…

Más tranquilo:

Pero si eres tú la que estás borracha… entonces no será culpa mía.

Con voz cada vez más sofocada:

No me equivoco, es ella la que está borracha… Ya lo sabía, yo no me emborracho nunca…

Largo silencio durante el cual las bujías se apagan una tras otra. Se oye de repente dar las campanadas de medianoche.

LUCIEN, *con voz muy lejana, desde el fondo del dormitorio*: Diez, once, doce, ¡ya está! Iré al calabozo… y después, sabes, si el caporal no está contento, ¡le j… un puñetazo en la cara!

III

EN CASA DE LA VIEJA DAMA

Hay que alegrar a los ancianos.

JOUBERT

La vieja dama es vieja, como su nombre indica; estatuas suyas, de medio siglo atrás, de cuando, mediante discursos célebres, se la proclamaba en todo el esplendor de su belleza, atestiguan que el sentido de la palabra *belleza* oscila, de un extremo al otro, con los años.

Suplía sus ausentes gracias, que es cortés suponer difuntas, con lo imprevisto de su conversación, que proporcionó «lapsus», inagotablemente, al *Buste* de E. About y a la *Grande Marnière* de G. Ohnet. Los más recientes son: la *Picuite* y *Hélioboscaje*.

Habiendo sabido de los veinte años de Lucien, se dirigió, en un café, hacia su carne fresca y le invitó a los solitarios tés de su entresuelo, informándole de que había que subir doce escalones.

Habiéndose abstenido, naturalmente, de acudir, ella le ofreció prestarle un libro raro.

No habiendo tenido ganas de leerlo, al cabo de cuatro meses, cuando lo desenterró del polvo para devolvérselo, cayó de entre las páginas esta epístola, de la que corregimos la ortografía y la puntuación, con la única finalidad de hacerla menos ilegible:

TUA RES IGITUR

¿Soy Amor o soy Febo? ¿Lusignan o Byron? Mi frente está aún roja del beso de la reina.

Detento un poder, mayor que todos los demás, que los contiene a todos, desconocido y oculto.

¿Lo quieres?

Poseo las llaves de oro que abren las puertas de marfil del reino de los sueños. Como Perséfone, que tefe en un velo las vidas de la humanidad futura, haré desfilar ante tus ojos todas las imágenes. Los símbolos tomarán cuerpo, se harán vivos en tu mente, poblarán un pueblo maravilloso, inaccesible a los hombres.

¿Lo quieres?

Por mi acción sobre ti, las ideas acudirán en tropel a tu cerebro, las formas se animarán y nos harán un séquito como ningún dictador lo tuvo jamás.

Ven, reinaremos con poder indiscutible sobre un pueblo creado por nosotros.

Todas las poderosas inteligencias que arrancaron a las causas una parte de su secreto, han trabajado para nosotros.

Seremos el resultado maravilloso de todos esos reveladores y sus prodigiosos hijos.

Por nosotros, perecieron los troyanos, para conservar a Elena —la belleza—; los romanos sometieron a los bárbaros —la fuerza brutal—; los hindúes, mediante siglos de meditación, descubrieron el nirvana; las antiguas religiones divinizaron los planetas.

Por nosotros, levantó Asiria sus monumentos y se enfrentaron sus habitantes en fogosas contiendas —para que nosotros tengamos el recuerdo de los desfiles guerreros.

Por nosotros, se medían los hombres en combates memorables —para dejarnos memoria de ello.

Por la salvaguarda del futuro, las creencias lucharon contra las fuerzas y Juan de Austria venció en Lepanto.

Ven, el mundo ya envejece y se dispone a dormir; ha hecho todos los esfuerzos que éste contiene. Los poetas han agotado todas las comparaciones y los sabios todas las investigaciones.

Ven, nuestro tiempo se acerca. La hora de las dominaciones terrenas ha pasado. Los conquistadores no tienen nada que hacer, porque sabemos que nada humano vale la pena de ser conquistado.

Los analistas han demostrado que los milagros eran alucinaciones y que lo maravilloso se escondía en un lóbulo cerebral.

Pero los filósofos han afirmado que la voluntad era la palanca mágica, y que la idea creaba el acto.

Ven, pues: por nuestro soberano querer seremos los todopoderosos de este mundo. Todas las obras de arte de la razón serán nuestro magnífico trofeo; las realizaremos nosotros mismos. Seremos los héroes cantados por los poetas, los dominadores conservados por la historia, los conquistadores aclamados por los guerreros. Seremos jóvenes e imperecederos, tendremos todas las flores, todos los frutos, todos los perfumes, todas las esencias.

¡Ven! los impulsos de mi ser se precipitan hacia ti, como ardientes corceles que el jinete puede difícilmente refrenar y que, pronto, van a llevarle con furioso galope a través del río de los deseos.

Ven, oigo aproximarse a las fanfarrias de las marchas triunfales; subiremos en vida al Valhala. En lugar de hidromiel, te escanciaré el éxtasis, te daré el júbilo del pensamiento.

Ven, nadie podrá igualarse a mí. Conozco la desesperación de Orfeo y el desgarramiento de sus quejas. El buitre dejará de devorar a Prometeo, y Pigmalión no seguirá intentando animar una sombra vana.

Ven, te daré el tiempo y la eternidad, conozco el secreto del más allá, no implorarás inútilmente a dioses sordos, y no estrellarás tu sueño en los límites de lo posible.

Ven, y reinarás; ven a que te lleve a los espacios infinitos. Me he ganado a las Quimeras, te daré un sueño sin fin.

Mis brazos son lo bastante fuerte para llevarte, mi corazón lo bastante animoso para ampararte, mi espíritu lo bastante poderoso para iniciarte.

Te he preparado una morada incomparable; pero sólo yo puedo franquearte la entrada. En vano, para alcanzar los secretos de la vida, palidecerías como Fausto sobre los grimorios, puesto que ella permanecería impenetrable, buscarías sin éxito en los libros lo que ellos no contienen. Te daré lo absoluto por medio de la comunión suprema de la inteligencia. Te haré concebir la inmortal obra maestra que llama a la puerta de nuestro entendimiento, para que tú la dejaras entrar en él.

Como diosa recorriendo la tierra, te he buscado para darte la hora única, la treceava, la que yo soy, la que no existe para los demás humanos.

Ven, y añadirás una nueva página al libro del Espíritu. Despertaré en tu memoria el recuerdo de todo lo que ha vivido, te daré la conciencia absoluta del Universo, haré descender sobre ti él alma divina, te haré atravesar el abismo que separa al hombre.

Ven, serás el Triunfador si sabes entender y atreverte.

Además, la vieja dama dirigió a Lucien, sin parar, en el mismo día, las siguientes cartas-telegrama:

Sábado 15 septiembre 18…
9h. 15.

Si recibe estas líneas a su debido tiempo, ¿podría venir dentro de poco, hacia las diez y cuarto? (no antes, por favor). En virtud de la ley que quiere que la misma idea, si se presenta, no se presente dos veces seguidas, no querría ser la causa de la pérdida de ninguna.

L. V. D.

Si no la recibe esta mañana, hasta mañana domingo, hacia las cuatro y media.

Sábado 15 septiembre 18…
11h.

¿Acaso el telegrama que le he envido (sic) *esta mañana es un intruso?*

Puesto que desearía saberlo, le ruego, si recibe éste, tenga a bien venir a verme, esta tarde, a eso de las cuatro horas (digo a tas cuatro horas como en las actas de los ujieres).

Le pido perdón por esta orgia *de correspondencia, complatamente* (sic) *accidental*.

L. V. D.

Sábado 15 septiembre 18…
2 y media.

Me sería penoso no verle hoy. ¿Quiere venir hacia las cuatro (no antes)? Charlaremos, *y si yo tuviera que salir, por no haber podido hacer todo lo que debía durante el día, se resignará usted a acompañarme, ¿verdad?*

L. V. D.

Lucien, al regresar a su casa al mediodía, encontró por último esta nota, a lápiz, en su cerradura:

Las seis. He venido tres veces. ¿No estaba decidido que usted vendría? Volveré a pasar de nuevo dentro de medio hora (sic) *aproximadamente…*

L. V. D.

El entresuelo de la vieja dama. Tras doce escalones en el interior de un patio y tres agujeros para espiar a los visitantes. En las paredes, multitud de abanicos japoneses, según dice pintados por ella misma, y vieja pasamanería. Bronces y yesos (varios ejemplares de cada) representando a la vieja dama, antaño. Piano. Estaba cantando cuando Lucien ha llegado, y la disonancia de los maullidos chorreaba por el patio. Lucien la elogia, por supuesto, y ella contesta:

«Sí, no tengo una voz corriente.»

Divanes dispuestos con paños que sobresalen de todos los rincones. Gran sillón de mimbre que cruje y desde el que habla la vieja dama, corrigiendo su aliento mediante la periodicidad de enormes pastillas de menta. Visillos rojos echados. Lámparas de petróleo, con pantallas rojas. Al fondo, se adivina el tocador, con jofainas, batas abiertas, babuchas, esponjas, etc., etc.

LA VIEJA DAMA: Me he cambiado de ropa cinco veces delante suyo y ni siquiera ha mirado. Tengo trajes abiertos por el costado, de forma que se vean debajo mis bragas amarillas, y basta con soltar un solo corchete para que desaparezca toda la ropa. Los he mandado hacer especialmente para el adulterio.

Nunca me lavo, más que con vaselina. La compro a bajo precio a un boticario suburbano, el cual me proporciona también pomada antiherpética.

Todos estos cuidados me han permitido conservar la suavidad de mi piel. ¡Oh, no me mire así! a plena luz. No son más que unos granitos rojos.

Es mejor que mire mis joyas. Tengo muchas piedras preciosas que he adquirido en el Temple…

Lucien mira distraídamente las sortijas que ella luce en la mano derecha, una esmeralda engarzada en medio de diamantes y dos alianzas «manos enlazadas» muy antiguas.

LA VIEJA DAMA: Tengo tal afición a las joyas que las he pagado tan sólo a cincuenta céntimos cada una. Es verdad que son falsas. Pero las piedras falsas

tienen reflejos que no tienen las verdaderas.

Además también tengo piedras auténticas. He descubierto un pequeño relojero que guardaba todo un lote de gemas inestimables. Y yo le compré en un solo día piedras preciosas por valor de diez francos.

En mis armarios guardo asimismo viejas telas y pasamanería antigua que procede también del Temple.

Le daré mi fotografía ataviada en Palas Atenea, con una lanza en la mano derecha, tomada en el Bon Marché. También le daría mi lanza, pero en su casa sería un pegote.

LUCIEN: Tiene razón, señora.

LA VIEJA DAMA: Está excesivamente sucia su casa, hay demasiados muebles de madera, que no están hechos para el adulterio y que además no se han limpiado nunca. Yo me ocuparé de eso. Será preciso que me dé una llave de su casa.

LUCIEN: Sólo tengo una, señora.

LA VIEJA DAMA: Vendré todas las mañanas, y utilizaré un trapo de lana, agujereado y ensartado en una escoba, para quitar el polvo de los rincones.

LUCIEN: Estoy releyendo *Elogio del polvo*.

LA VIEJA DAMA: Confío en que podré ir a su casa a cualquier hora sin encontrarme *Mimis Pinson*.

LUCIEN: No sé bien quién es esa señora. Hace mucho que no leo a Murger.

LA VIEJA DAMA: ¡Ay, si los jóvenes no me conocieran más que a mí, se ahorrarían ocasiones de gastar y el riesgo de enfermedades vergonzosas! Yo calmaría su excitación sin esos abominables peligros.

LUCIEN: ¡No estoy nada excitado! (*Aparte*.) ¡Viejo camello!

LA VIEJA DAMA. *En su pose favorita, cuando medita o se impacienta, echa hacia atrás la cabeza y mueve él pie como si usara una máquina de coser*: ¡Ah, eso!, ¿me toma por la señorita Putifar? Si tuviera realmente ganas de eso, podría bajar a la calle, al carnicero de la esquina[3]. Pero *no soy una Mesalina*. He tenido el universo a mis pies en la persona del general Mitrón. Si yo hubiera querido, él habría sido dictador y yo reina de Francia. ¿Reconoce el perfil de los borbones cuando me aparto el pelo?

Pero soy de una naturaleza casta y hace tanto que *eso* no me sucede que es como si fuera virgen.

LUCIEN: Pero, si me permite la indiscreción, ¿y el señor *Cuero Viejo*?[4]

LA VIEJA DAMA: ¡Oh!, se lo suplico, corramos un velo… Incluso se debe a esa excesiva castidad el que me encierren cada cinco años. Ninfomanía, dicen

en Saint-Anne. He estado también este año, gracias al doctor Diana y a mi sobrino Deltaladro, tras haber cantado *Orfeo* en la acera y arrojado por la ventana muchos de mis preciosos bronces. Usted no sabe lo que es cuarenta y ocho horas de camisa de fuerza… Por eso no puedo casarme legalmente… pero…

LUCIEN: ¡No, no quiero hacer nada! ¡Estoy cansado, desde luego![5]

LA VIEJA DAMA: Si se queda en su *peñón*, será necesario que vaya hacia usted.

Frota la erizada barbilla en las rodillas de Lucien.

Se dice que, en los lupanares, las mujeres conceden favores que son muy curiosos… Quiere que deje la dentadura en un vaso de agua, para prolongar con el paladar la dulzura de mis labios…

Lucien se ha dormido sobre el diván. La vieja dama, furiosa, mueve el pie como antes y, luego, pasea por la habitación haciendo él mayor ruido posible.

¡No está usted en casa de una chica!

Se lleva la mano a la visera rizada de sus cabellos rubios, los arranca y los arroja sobre la mesa, desnudando la oblicuidad inclinada de su frente hundida. Sopla las rojas lámparas que están humeando y abre la ventana. Lucien se despierta con el día apestoso que entra del patinejo, ve la terrible máscara y que la Vieja Dama ordena diversos utensilios que no se pueden nombrar y que no se han utilizado.

IV
EN CASA DE LA GRAN DAMA

«Sí», *dijo Pécuchet.*

FLAUBERT

Sentados ambos en un S de moaré color viejo verde muerto, él mira su perfil y ella puede estudiar el suyo, pero con aspecto de no entender nada.

LA DUQUESA, *con voz que se va haciendo cada vez más lenta*: Sí, iremos a casa del ministro. Creo que le sacaremos de este apuro.

Silencio.

Está muy molesto por la postura: piernas extendidas, busto medio inclinado, codo apoyado en el centro de la S, cuya madera Luis XV se le clava en la piel.

Daría un luis, y hasta quince, porque esto termine o, al menos, que la duquesa se largue. ¡Ha tenido una buena idea su tío! Esta mujer no le sacará de apuros en absoluto. Tiene una de esas cabezas de muñeca de tocador que no se giran más que cuando tienen un resorte dentro. Habla siempre que no tiene nada que decir y él ha notado que, durante su última visita, se callaba a propósito.

Seguidamente, se siente mal vestido: el pantalón es demasiado ceñido y la americana no lo bastante y lleva una camisa que corta. Los botines, por ejemplo, están bien; ha tenido la precaución de domarlos antes de ponérselos. Los pies aún están mejor… ¡Pero, cómo diablos, esta mujer de madera, de madera Luis XV, podría ver que sus pies están muy bien si no hace más que mirar al techo y con aspecto de no ver nada!

Está tan fastidiado que se decide a cruzar la pierna.

Situación más absurda todavía. Parece que esté haciendo la corte a su vecina, desplegándose en movimientos libertinos, demostradores de la flexibilidad de sus miembros, y entonces… suceden cosas extrañas.

Es la atmósfera un poco cargada del gran salón caldeado por el ardiente aliento de las bocas perfumadas de lirio, ese medio tono de las telas verde muerto en el ritmo de las grandes hojas lejanas y mojadas, ese silencio profundo que hace pensar que uno podría dormirse, y se está durmiendo ya, puesto que se sueña; esa angustia de la espera de no se sabe qué que no debe suceder; pero Lucien está agarrado por el óctuple brazo del pulpo de la voluptuosidad.

Primeramente, son leves escalofríos en la punta de los dedos, bajo la transparencia de los guantes y su estrecha caricia bajo la palma de la mano, después son cosquillas a lo largo de las piernas: sentía cosquilleo y ahora le viene el choteo. Se le suben, saltan y se convierte en algo intolerablemente idiota. Sin justificación posible. ¿Si hablara de alguna cosa divertida? ¡No! La duquesa tiene cada vez más el aspecto de una mujer de madera.

La mira con desesperación. Es seguro que no es de ese lado que le llegan los misteriosos envites. Está tiesa, vestida de paño oscuro, como un hombre; una falda larga casi sin tabla, una chaqueta lisa abriéndose sobre un chaleco de seda blanco, militarmente abotonado.

Sobre eso, la cabeza se revela firme y alta, con los cabellos alisados hacia atrás, torcidos como un casco de acero moreno. Tiene la piel punteada de pecas, sin empolvar ni maquillar, y finas arrugas tejen su tela de araña en el rabillo de los ojos, perdidos y no aptos para ver un caballo sin microscopio.

No dice nada, no piensa, tiene aspecto tranquilo. Sus manos sostienen un pañuelo.

Lucien empieza a desesperarse porque… en fin, tiene un miedo tremendo a que *eso* se le note.

Trata de cambiar de postura, rectifica la línea, pero la línea… no se rectifica con rapidez. Está hipnotizado por el pañuelo que ella sostiene, que debe oler a lirio ambarino como el resto, un perfume discreto, de buen gusto.

Se muerde los labios, se esfuerza en pensar en otra cosa:

«Por lo menos debe estar en los cuarenta, la duquesa.»

En el fondo, le es lo mismo. Su pañuelo tiene un aire tan juvenil. Un pañuelo de chiquilla, un cuadradito de batista calado, sin más.

«¡Estoy haciendo el idiota! ¡Si pudiera darme de tortas!»

Después de todo, no le está faltando al respeto a esa dama inmóvil. ¿Es culpa suya si le vienen ideas… por culpa de un pañuelo?

Respira, se estira, está cada vez más molesto. ¿Levantarse? ¡No se atrevería ni por todas las recomendaciones! Sin duda no se levantará…

Las inmensas ventanas del salón le contemplan desde los vacíos cristales. Los cristales, en esta mansión, están sin cortinas, pero el cristal es tan límpido que da la sensación de que sean amplios diamantes; y las ramas agitan sus flores tras su pálida pureza.

«¿Me hará quedar para comer?»

La duquesa sigue seria. Debe estar pensando en las desgracias de los niños moralmente abandonados que ella protege, en solemne sesión, cada primer lunes de mes. Ella se vuelve ligeramente.

«¿El resorte?», piensa Lucien, esperando la ducha helada de la ceguera de esa mirada.

Recuerda los platos del almuerzo, en casa Foyot, con su tío Georges. ¡No es nada del otro mundo, el tío Georges! Ha comido chuletas de ternera con espinacas en su jugo. Francamente, no hay por qué enfadarse. Un vino muy honorable y café sin licor porque el tío no gusta de turbar el olor de la moca.

Y después, aquí, conviene preguntarse por qué está en ese estado… es su estado normal.

«Sí, señora», declaran sus ojos, elevándose a su vez, a pesar suyo.

Ella sonríe ampliamente, cada vez más tranquila.

«¡Tu duque es quien se debe estar divirtiendo, querida!»

A pesar de todo, conserva algo, manos divinas y la cintura como un asta de bandera. No, ¡caray! no es fea. Sus niñas de metal extraño se iluminan de fósforo. Debe hacer doblar los corvejones a los caballos que monta, sin ningún esfuerzo.

«¿Comerá conmigo, señor mío?», dice al fin, con su tono ligeramente seco, dándole más bien una orden que invitándole.

Lucien farfulla, enrojece y nota que su estado «normal» empeora. Se encuentra totalmente a merced de esa gran dama, no hay duda. Si ella sospecha, siquiera por un instante, los… sentimientos irrespetuosos que le animan está perdido. Ya no tendrá empleo, ni recomendación; será expulsado del caserón.

Tiene la extravagante ocurrencia de brincar como un payaso por la habitación y lanzar tacos como doce carreteros. Sí, andar con las manos, derribar un tabique y violarla… Podría hacer cualquier cosa, menos contenerse.

«¡Me abruma, señora duquesa!», le responde con frialdad.

Ella sonríe de nuevo, con dientes de una blancura similar a la del pañuelo, y que le tortura. Tiene aspecto de hombre, de un general pasando revista, que está a punto de morderle.

«¡Fiera salvaje, bestia bruta, bestia gran ducal!, exclama Lucien interiormente. Si supieras… Pero no sabes… Apostaría que se dirá la *acción de gracias* en tu comida. ¡Muchas gracias! Me largo… ¡Por suerte el *Chabanais* no está lejos! ¡Ya tiene pachorra ésta! ¡Me imagino cómo será tu comida! ¡Habrá un nuncio y una dama de compañía! ¡Creo que, de los dos, preferiría darle golpecitos con el pie al nuncio! ¡Una señorita inglesa con dos palas como defensas de elefante! ¡Para ti!»

Lucien se levanta. No puede más. Sus ojos llamean y busca un pretexto que sea correcto.

«Señora…»

No se le ocurre nada, pero se acerca a ella. La gran mujer continúa inmóvil en el S de moaré viejo verde. Ha apoyado el mentón en la palma de la mano. Parece la esfinge coronada de Moreau.

«Señora, he olvidado confesarle que…»

Ella ríe silenciosamente; sus pupilas azul acero le acechan, desde abajo. Al él le entran ganas de gritar, de rugir, está hipnotizado por esa mirada de voluntad feroz. Se lanza, empujado como por un puño, cae de rodillas, esconde la cara entre las manos, lloraría si no tuviera miedo de hacer el ridículo para siempre. Su pobre rostro alterado se hunde en el pañuelo, el pañuelito blanco y desnudo como la carne.

«… ¡Cómo la amo!», balbucea, soltando ese embuste para expiar el salvajismo de su ataque.

Nota los brazos de la duquesa anudándose nerviosamente en torno a sus hombros, dos suaves tentáculos de pulpo, mientras ella le murmura, los labios junto a la oreja, después en sus labios, a fin de cerrárselos:

«¡La impertinencia, querido, no es intentarlo, sino atreverse a decirlo!»

V

EN CASA DE LA PRIMITA

Están en el invernadero. El primo ha llegado sobre las dos, la hora de la lección de piano, esperando no encontrarla a *ella*; pero Margot (¡qué mala suerte!), inexplicablemente, tiene vacación y se asoma de improviso tras la curva de un macizo de licopodios.

Margot está entre los diez y los once años, entre la inocencia y la malicia; hará dentro de poco la primera comunión, es muy educada, pero desde que el primo mayor frecuenta la casa de su tío Georges, remeda sus mejores modales a la vez que le *sablea* chorros de oro.

Margot es morena, delgada como un ángel *ingrato*, toca ya sonatas y no le molesta que le hagan cosquillas en la nuca. Dudan un poco en dejarle usar el tándem.

MARGOT, *precipitándose al cuello de su primo mayor*: ¿Sabes, Lucien? Tengo un hijo…

LUCIEN, *sin ninguna emoción*: ¡Enséñamelo! ¿Un mono, un gato, un conejo o una muñeca?

MARGOT, *maliciosa*: No, un hijo de verdad… Un niño salido de mí… ¡y he sufrido endiabladamente, vale, para tenerlo! Se ha necesitado instrumentos, estaba gordísima, una mejilla así, nada menos… ¡Eh, qué te parece!

LUCIEN, *intentando contenerse*: Un poco, a pesar de todo. (Da vueltas alrededor de la chica). ¡No he cogido muy bien la sal de esta delicada broma, Margot! Si tu madre nos oyera… ¡la haríamos buena!…

MARGOT: Mamá está en el salón, con mi tocólogo, ¡no hay miedo de que asome! ¡Le está pagando, hombre! En cuanto a papá… se piró porque le fastidiaba oírme vocear.

LUCIEN, *muy digno*: ¿Vocear? ¿Tú hablas?

MARGOT, *poniendo el brazo bajo el de su primo*: ¿Se nota mucho que he tenido uno?

LUCIEN: *desviando los ojos*: ¡Así, así!

MARGOT, *confidencial*: Ha tardado veinte minutos en sacarlo, ¡fíjate! ¡Ya no podía más!

LUCIEN: !!…

MARGOT, *muy seria*: Anoche presentí que sería para hoy; se movía… ¡como un polichinela en un guiñol! Te imaginas, todo el rato me estaba metiendo los dedos y eso debió acabar de soltarlo.

LUCIEN, *alzando los ojos*: ¡Te creo!

MARGOT, *cada vez más seria*: Primero querían dormirme… Pero yo no quise. Le dije: ¿me toma por una tonta? Yo sabía que mamá, cuando el nacimiento de Jules, se negó en redondo, alegando sus neuralgias. Yo no tengo, pero las tendré más adelante. Hay que tomar precauciones siempre. Así que no *consentí* y el tipo tuvo que aguantarse. Te voy a contar todo el asunto… ¡Uf, qué miedo tenía!… Temblaba como la torre Eiffel en un día de mucho viento. Papá me decía: *¡No será nada, cariño, lobita mía, mi ratonazo negro, mis ciruelitas con azúcar!* Y yo tenía ganas de soltarle un patadón en algún sitio, ¡sus ciruelitas con azúcar!… Mamá se hacía su hartón matinal de jaleo… ¡qué mondante era, y casi triste! Yo no podía estarme quieta. No estaba ni peinada, ni lavada, todavía llevaba el camisón… y además tenía cólicos, ¡Dios mío!, cólicos, ¡como para ver la columna Vendóme!

LUCIEN, *molesto*: ¿Cólicos en las mejillas? No entiendo nada.

Alza la vista al cielo.

MARGOT: ¡Que sí, especie de cretino! ¡No te enteras de nada, hoy! Quiero decir que *eso comunicaba con lo demás*. Parece ser que para tener *los últimos* cuesta siempre mucho más.

LUCIEN, *pensando*: ¡Cómo me gustaría ver caer aquí el rayo de la ira de Dios!

MARGOT, *imperturbable*: ¡Espera! ¡Espera! aún no he acabado… Cuando vi que aquel tipo se me acercaba, me puse a darle patadas, puñetazos, y le dije toda clase de cumplidos. Le traté de *hombre de goma*, de *deshuesado*, y después, como adelantaba su aparato para sacarlo, de un salto, de la tira de largo, me piré. Tenía un aspecto su maldita jeta… Entonces mamá me echó el guante, fíjate… más pastel todavía… me tuve que aguantar… ¡Sobre todo, lo que me reventaba era el instrumento! Una especie de pico de pato plateado…

¡y por qué no el periscopio de un submarino!, imagínate, ¿como las canillas que ponía la Cosito en el trasero de Tom?

LUCIEN, *desesperado*: ¿Tom? ¿Quién es?

MARGOT, *dulcemente*: El perro, hombre, ya te he contado esa historia…

LUCIEN, *presa del vértigo, decapita una docena de tulipanes de un bastonazo; está fuera de sí*: Pero, si ha dicho *pico de pato plateado.*… se trata de un… ¡eso es, lo parece, santtt!…

MARGOT, *mirándole fijamente*: ¡Sí, un chisme para hacerme tener la boca abierta!…

LUCIEN: ¿La boca?… No, más bien, ¡cierra el pico, nena! ¡Yo ya no sé qué decir, desde luego!

MARGOT, *encogiendo los hombros*: En fin, obedecí; aquel tipo hizo todo lo que quiso y (saca una caja pequeña) aquí está *el niño.*… Estaba bien agarrado, imagínate… ¡incluso hay trocitos de carne detrás!

Le presenta un diente enorme, manchado de sangre.

LUCIEN, *atontado*: ¿Por qué me has tenido en vilo? ¿Es que de verdad estás tan espabilada?

MARGOT: No soy viciosa…[6] tenía un diente que me hacía daño, eso es todo… era necesario que diera a luz.

LUCIEN, *tomándola por las muñecas*: Vamos, mírame a los ojos… ¿sabes perfectamente que no se da a luz por ahí?

MARGOT, *con total inocencia*: ¡Oh, por un lado o por otro! ¡Qué más da!…

LUCIEN, *volviendo a perder el control*: Un diente no es un chiquillo, ¡por ahora!

MARGOT: es una cosa que sale de mí, ¡por ahora!

LUCIEN, *impacientemente*: De acuerdo, pero es necesario casarse… para tener… ¡dientes!

MARGOT, *con calma*: ¡Ni para tener chiquillos, amigo… te lo he oído decir!…

LUCIEN: Has estado escuchando tras las puertas… ¡Da asco!… Pero volvamos a nuestro tema: ¿sabes de qué modo utilizan el *fórceps* los médicos?

MARGOT: Yo no sabía el nombre del instrumento, pero lo vi tirado sobre la mesa, la mañana en que nació Jules…

LUCIEN, *con obstinación*: ¿Por qué esa mezcolanza de dos operaciones si no estabas pensando en porquerías?

MARGOT, *herida*: Mi diente no es una porquería.

LUCIEN: ¡Tira a la porra ese diente, eh! Te prohíbo que me tomes el pelo con… ¡especie de retaco!

MARGOT, *lanzando un grito*: ¡Mi diente, mi diente! Yo lo quiero… No lo tires… o llamaré a las criadas…

LUCIEN, *furioso*: ¡Mal bicho!

Envía el diente a la porra.

MARGOT, *aullando*: ¡Quiero mi diente… quiero mi diente… quiero *mi chiquillo.*… es mío… quiero mi diente! ¡Mal bicho tú! ¡Me ha tirado mi pobre diente! No lo encontraré nunca… ¡Mamá! ¡Mamá!

Gritos de histérica.

LA MADRE, *entrando, muy asustada*: ¡Ay, Dios mío! ¿Qué sucede ahora? Hija mía, queridita mía, ¿tienes una crisis nerviosa? ¡Pobrecita! ¡Ha sido tan valiente cuando se la han arrancado!

Viendo a Lucien:

Vaya, está usted aquí… ¿apostaría a que le estaba diciendo tonterías a la niña?

MARGOT, *llorando a lágrima viva*: Me ha dicho… Me ha dicho: *mal bicho, mamá*\

LA MADRE, *sofocada*: ¡Oh… y en un día como este!… Señor, márchese.

VI

EN CASA DE LA PROMETIDA

LUCIEN: ¿Está la señorita?

LA CRIADA: Ya lo creo… incluso le está esperando. *La vieja* ha salido.

LUCIEN, *chupando la empuñadura de su bastón*: ¿Cómo? *¿La vieja?*

LA CRIADA: Claro que sí, vamos; quiero decir: *la Señora*.

LUCIEN: ¡Hombre, Louison, podría ser más educada! Si alguien le oyera…

LA CRIADA: Me importa un rábano. Cuando acabe usted de reírse interiormente. ¡Yo sé lo que me digo!… La señora, es su futura suegra…

LUCIEN: Primera noticia… ¡tiene suerte de saber tantas cosas!… Bueno, ahora falta arponear al *tiburón*[7].

LA CRIADA: ¡Es un bromista! ¿Qué quiere decir con su *tiburón*?

LUCIEN: ¿Has tenido ya pretendientes, Louison?

LA CRIADA: ¿Me ha mirado bien?

LUCIEN: Sí… ¡tienes pechos, desde luego!

Palpa.

LA CRIADA: Su mujer no se aburrirá… ¡Qué estilo tiene! En fin… ¿y el *tiburón*, a todo esto?

LUCIEN, *empujándola hacia la antecámara*: Es como si fuera un pez grande de través en *su* puerta… en la puerta del salón. ¿Entiendes? ¡Me hace el efecto de querer tragarme con su triple hilera de dientes siniestros! Y aún, si tuviera esa dentadura, sería tal vez más voluptuoso… pero no… me acecha, tiene movimientos terribles de aleta, quiere abalanzarse… entonces, yo disparo… disparo… arponeo… saco a la bestia y, cada vez, me doy cuenta de que se trata de una simple sardina, una sardina de lata, sí… dulce, inofensiva… que… por más que… franquear *su* puerta… la puerta, no es cosa del otro jueves… mi prometida no quiere comerme, ¿ves?

LA CRIADA: ¡Cómo es usted, señorito! Si quiere mi opinión… ¡yo diría que está usted *chiflado*!

LUCIEN: Gracias.

LA CRIADA: ¿Y la propina… por haberos avisado de que ella estaba sola?

LUCIEN, *tirándole una moneda*: ¡Vaya!, aquí está, pero… ¡desde luego hay *una sola dama en el salón*!

Entra.

LA PROMETIDA, *Va vestida en pantalla viejo Imperio color rosa y el peluquero le ha hecho, esa misma mañana, unos hábiles rizos en la frente. Parece una Alsaciana de cervecería, blanda, rubia, los ojos vacíos, la frente baja, gruesos labios insexuados, manos fuertes, pies de mico y una voz de violín ante la que numerosos gatos habrían llorado*: ¡Ya no os esperaba! Pero tengo mil cosas que deciros, Lucien. Buenos días, mi querido Lucien.

Le tiende la mano, después la retira con hábil juego de coqueta para un guateque con música. Lucien mira esa mano con creciente terror. Tiene miedo de no poder besarla.

¡Mamá ha salido! ¿Quién está contento? Mi pequeño Luc… mi Lucianito querido… le reservo una bonita sorpresa: béseme… aquí… en el pelo… pero sin estropear nada…

Levanta un dedo.

LUCIEN, *aparte*: ¡Vaya con el *tiburón*! ¡Mal bicho!

Le besa los cabellos y descubre que ella utiliza pomada.

LA PROMETIDA: ¡No tendréis gustillo! ¿eh?

LUCIEN, *con convicción*: No, nada de eso.

LA PROMETIDA: Vamos a sentarnos en el sofá y a mirar las bonitas estampas que mamá me ha dado para escoger el tipo de traje. A mí me gustaría una *berthe*, es más casto, más serio, lo que más se estila. Fíjese, ve ese petito con tres hileritas de galón de satén… y el mismo adorno en el

traje… ¿galones que hacen como una V en lo alto de la falda? Es muy bonito y última moda. ¡En fin, deme su opinión!

LUCIEN: ¡Yo digo que es obsceno!

LA PROMETIDA: *¡Obsceno!* ¿Qué significa eso?

LUCIEN: Significa que usted es casta: demasiado casta… para llevar chismes en forma de V.

LA PROMETIDA: ¿Soy casta? ¡Señor, aunque no tenga más que dieciocho años, he hecho todos mis estudios!

LUCIEN: ¡Puede estar orgullosa de sus estudios!

LA PROMETIDA: ¡Vamos, no me haga rabiar! Es usted muy mal educado.

LUCIEN: Gracias… Es como con la criada. ¿Va usted a pedirme propina por otra dama que estará en otro salón?

LA PROMETIDA: Nunca se entiende lo que dice, Lucien.

LUCIEN, *avergonzado*: Le presento mis excusas. ¡Hablaba al *tiburón.*… de mis sueños!

LA PROMETIDA: Escuche, mi pequeño Lucien, hay noticias: ¡invitan al tío Paul! ¿Le sorprende? Sí. mamá ha terminado cediendo y tendré el reloj. Él ha prometido un reloj para la repisa y estoy segura de que escogerá algo bonito… ¡No se podía cerrarle la puerta en el gran día! Si el tío Paul ha quebrado en cinco ocasiones, ha sabido salir bien librado, después, de todos sus negocios y ha tenido el afán de instalar una casa… Además, el día de la boda todo el mundo debe reconciliarse, ¿no?…

LUCIEN, *pensativo*: Veo una serie de tachones negros en una porcelana blanca… *No la toquemos, está… ¡reconciliada!*

LA PROMETIDA, *impacientándose*: ¡Si no me está escuchando!

LUCIEN, *de repente brutal*: ¡Tus labios, hija de burgués… (*la toma por la cintura*) para que pueda pasar al fin por la ventana de tu corazón!… Es preciso que me ames enseguida, o rompo todo lo que quieres reconciliar… Vamos, rápido, tengo la sangre fría y voy a hacer mi primer acto razonable desde que te conozco. ¡Te prohíbo tener miedo!

LA PROMETIDA, *horrorizada*: ¡Ay! ¡Dios mío!

¡Qué comportamiento! ¡Socorro! ¡Ah, ah, Jesús mío! ¡Virgen Santa! Si me ha mordido… estoy sangrando… me ha mordido la boca.

LUCIEN, *levantándose y rompiendo a reír*: ¿No sabes que el mordisco es el beso en estado agudo? ¡Es verdad, no podía hacer nada mejor de una sola vez! Hete aquí violada de un modo muy honorable, y avisarás a tu madre quien te dirá ciertamente que, bien mirado, los niños no se hacen por ese lado. No hace

falta que llores ni te retuerzas las manos. ¡Te aseguro que está bien todo lo que acaba mal! No, pero ¿no querías *grabado a la moda* y *reloj de repisa* hasta que me envilecí con la discusión? Yo esperaba ese instante de soledad para arponear *mi tiburón definitivamente*. Desde luego que quiero casarme contigo, pero con una condición: ¡que no me hará falta el *fórceps* la noche de mis bodas! ¡No quiero bromas, pequeña! Tu fortuna es mediocre, tu belleza también, y nosotros no nos conocemos más que por medio de nuestros estimables padres, que dicen, ellos, conocerse por haberse encontrado una vez en el mismo palco, en el *Palais-Royal* de su tontería. Quieren casarte *contra mí*. Así que me resigno a probarte. Ahora me parece que los manchones negros se las piran de la porcelana blanca. Querían hacerme acostar con una chica pura para consolarme de las zorras… estoy consolado del todo. Veo que ella es tan indiferente como una zorra, ¡pues claro! ¡Servidor, señorita! Tengo veinticinco años y si no estoy muerto, durante los esponsales, es que mis riñones son sólidos. ¡Aquí estoy, mojado!, te he mordido… sí… sí… te he hecho el grandísimo honor de morderte… (*Con más suavidad*) ¿De verdad te he hecho tanto daño?

LA PROMETIDA, *con grandes sollozos*: ¡Es infame! ¡Voy a tener una cicatriz para el resto de mi vida, seguro! ¡Miserable! ¡Especie de grosero individuo! ¿Esto es lo que escondía bajo sus maneras de hombre tímido? ¡Ah! tienen razón en casa al decir que es usted un… *¡anarquista!* ¡Mala persona!, a mí, a mí, una chica honesta, a mí, a mí, *vuestra prometida…* ¡morderme! ¡Oh, pero no cuente con casarse conmigo, ahora! ¡Especie de loco furioso! ¿Acaso me he negado a ser un poco *amable*? No, os he permitido darme un beso en la frente, aquí, en el pelo, con tal de daros gusto… porque pensaba que no os atreveríais delante de mis padres. (*Movimiento de terror*.) ¿No iréis a contarles, por lo menos, que os había permitido besarme en el pelo? Además, me es igual, diré que no es verdad… Diré… (*se levanta con dignidad sacerdotal*) diré *que habéis querido violarme*. Sí, señor… es así como se viola a las mujeres: lo he leído en un folletín… las personas *sin confesión…* ya lo creo, *los carceleros…* un hombre que muerde a una mujer es una fiera, señor, y se le debería meter en prisión. (*Enseñándole el puño.*) ¡Iréis a prisión, soy yo quien lo digo! ¡Mi tío Paul conoce magistrados… entiendes, miserable!

LUCIEN, *muy tranquilo*: Mira por donde esto se pone interesante. Mi adversario se descubre, me parece. Continúe, señorita.

LA PROMETIDA, *furiosa*: ¿Que yo me descubro? ¿Yo, Felisa Picarel, la hija de un hombre de honor como mi padre?… Pero usted está alienado, no es posible… Me ha mordido la boca, pero no me ha podido desgarrar los

vestidos… aún tengo la blusa, mis faldas… A Dios gracias, puedo demostrar que no tenía idea de lo que estabais buscando. Y además, sabe, ¡le detesto! Querían casarnos, en vista de que usted iba siempre de juerga por ahí y eso le calmaría los nervios, se lo he oído decir a la criada, pero yo esperaba la ocasión de meteros en cintura. Si se piensa que no sé lo que quiere decir hablar… No soy tan tonta… Y además, mamá me había prevenido: «¡No te fíes, es solapado, ese señorcito, y no vale más que cualquier otro… Mantente a distancia… *el amor no es asunto de gente honesta*, ves, y si sabes sacarle partido, será suave como un cordero, más adelante!» ¡Sé perfectamente que llegaría usted a esto! ¿Le gusto, verdad? Usted quiere casarse conmigo… enseguida. ¡No! se casará usted conmigo más adelante, cuando *yo quiera*, señor, y no me replique… me pagará este mordisco, y más caro que en el mercado, sí, señor.

LUCIEN: Esta chica es el más temible enemigo de la humanidad.

LA PROMETIDA, *riendo burlonamente*: ¡Ah!, ¿le han puesto por fin el bozal, tigre?… Tiene miedo, ¿eh? a que me enfade demasiado… Vamos, ¡venga aquí! ¡Me da lástima! No tengo aguante, soy buena… Mire, no me sale sangre. (*Ella le toma las manos.*) Arrodíllese… rápido… mamá está a punto de volver… Le perdono, no diré nada de lo que usted me ha hecho, pero (*mimosa*), usted, por su lado, no dirá nunca que le he autorizado a abrazarme. (*Con ingenuidad.*) ¡Las cuentas claras! Esto… sed amable, mi pequeño Lucien… Quiero permitiros mis dedos, las muñecas… bajo la manga, mis cabellos, y también un poco el pie bajo la mesa, los días festivos… pero no consiento la boca… ni morderme. ¡Sólo faltaría eso!… (*Con encantador abandono.*) Ves, Lucien, sé que me amas, pero: ¡SOY UNA CHICA HONESTA!

LUCIEN, *de rodillas, la mirada baja*: Ya te ajustaré las cuentas a ti, y… ¡no dudo que seremos buenos amigos después! ¡Me he librado por los pelos!… (*Más alto.*) Señorita, le ruego acepte mis excusas.

LA PROMETIDA, *alegremente*: ¡Sí, grandísimo tonto de Lucien, sí, tontuelo de prometido que está tan enamorado que es una vergüenza!… ¡Villano! No os amo… Pero os perdono de todo mi corazón. Me traeréis un ramo de rosas de Niza… porque eso quiere decir: *¡Promesas de amor y reconciliación!* Queda convenido, ¿no es eso? Rosas de Niza…

LUCIEN, *levantándose, con frialdad*: Lo lamento mucho, querida amiga, pero precisamente salgo mañana para Niza y debo despedirme.

La mira fijamente, cada vez más tranquilo.

LA PROMETIDA, *con severidad*: ¡Encuentro esta broma de mal gusto, sépalo, Lucien! ¡No lo entiendo!

LUCIEN: No hablamos el mismo idioma, en efecto. Yo, muerdo, usted, *mastica*… Es inútil seguir discutiendo. Buenas tardes.

LA PROMETIDA, *inquieta*: Supongo que esperará a que venga mi madre.

LUCIEN: No, no quiero esperar a nadie. Me salvo… Únicamente, usted está perdida… (*Se dirige hacia la puerta.*) Supongo que se acordará de mí y que la cicatriz no se borrará jamás… No tengo la pretensión de ser irresistible. Pero de lo que sí estoy seguro, es de que el no haberos amado, no habiendo podido amaros, a pesar de todos mis esfuerzos, he debido haceros más bien de lo que suponéis. (*Ríe.*) Mi saliva y vuestra sangre, se mezclarán, esta noche, en el fondo de vuestro corazón para procrear el primer bastardo de vuestra estimable familia… Daréis a luz del Amor, pero yo no estaré para reconocerlo… Adiós… *Felizmente, yo no soy un hombre honesto*.

Sale.

LA PROMETIDA, *dejando caer los brazos*: ¿Va en serio esta historia? ¿Se irá de verdad?

LA CRIADA, *precipitándose*: ¡La señora! ¡He oído sonar la puerta de entrada! Avise enseguida al señorito Lucien, señorita. (*Mira alrededor suyo.*) Bueno, qué… ¿Dónde está vuestro enamorado?

LA PROMETIDA, *con voz angustiada*: Se ha ido, se ha ido como un loco… es él quien ha golpeado la puerta… ¡Ay! Louison, tengo mucho miedo…

LA CRIADA, *muy tranquila*: Ya veo lo que sucede: habrá matado *¡a su tiburón!*

VII
EN CASA DEL MÉDICO

Penumbra propicia a tiernas efusiones.

LUCIEN, *vistiéndose de nuevo con castidad y método*: En primer lugar, sabrá usted que esas cosas suceden solas, estimado señor. ¡Tiene la impertinencia de preguntarme cómo puede haberme sucedido *eso*! ¡Está usted listo! No sé absolutamente nada y ello nos importa poco. Pero, por el mayor bien que deseo a la ciencia, tengo, sin embargo, que informarle de algunos casos especiales; usted los clasificará a su gusto cuando me haya marchado y no habrá perdido el tiempo con ello, ¡se lo juro! Pero, pensándolo bien, y teniendo también yo el tiempo limitado, prefiero exponerle explícitamente uno solo, que varios en compendiosa oscuridad. (Por otra parte, no le debo nada tampoco: usted ha podido comprobar lo maravillosamente formado que estoy, mi piel suave y lo singularmente sólido de mis músculos, eso es una bonita propina que, pese a no estar relacionada en la cuenta, no por eso deja de ser una propina, señor… puesto que usted es muy viejo, un tanto hastiado, supongo, y que al ser yo más joven que usted he debido ofrecerle —¡oh! muy a pesar de mi virtud habitual— una idea de lo que podría ser una persona del otro sexo, es decir, un hombre casto. ¡Eh!, ¡seguro que no se ha aburrido! ¡No! ¡Desde luego que no ha perdido el tiempo!)

Decíamos, pues, señor, que debemos ocuparnos de casos específicos. Imagine que, recorriendo un jardín de religiosas, la avenida de un convento, adornada a ambos lados con azucenas, yo, *uno de entre todos por mi ingenuidad*, ¡quise respirar el exquisito olor de esas misteriosas flores! Permita que le describa el decorado de esa aventura encantadora (¡caso clínico realmente curioso y que yo no sabría, amigo mío, cómo someter a vuestra consideración!).

El aire estaba lleno de olores de mayo. Plumas de tórtolas invisibles nevaban como en la canción del Sr. Coppée, a no ser que se trate de otra

canción… conozco muy mal mis clásicos, y el cielo era azul-ultrajante como el fondo de un plato de Sèvres, el azul *Marie-Louise*, señor, ¡perdido desde hace tanto para la industria!…

El convento, una antigua mansión de ventanas ojivales, dormía en lo remoto de un parque mil veces centenario, y se le veía asomar su cabeza de ciervas entre los árboles, ciervas con ojos aterciopelados de gacelas, precisamente.

La avenida venía (aliteración) a morir junto a la capilla gótica… en la que se celebraba una misa blanca (¡porque parece que se pueden decir misas negras!), una misa, señor, en honor de las damas de la *Adoración perpetua*.

Se oían cánticos de una deliciosa lozanía y en los cadenciosos balanceos de las brisas estivales (estivales… no he sabido nunca lo que quería decir, pero estoy loco por esa palabra), las azucenas inclinaban hacia mí su corola de plata (¡sin embargo, yo no podía pagarles con la misma moneda!) y, una de ellas, la más parecida, con sinceridad, a la azuceneidad de mi piel, vino a rozarme suavemente. No pensé en nada. Suele ser mi costumbre, y le hablé más o menos con este lenguaje:

«Azucena, querida azucena de pistilo inquietante, ¿qué deseas de mí?»

Me respondió en lenguaje de azucena:

«¡Soy blanco!

—¡Lo veo perfectamente! Tienes la cara como el yeso… ¡qué ridículo es!

¡Eres blanco! me añade.

—¿Yo? Yo fui modelado con masa de pan de los ángeles, amigo mío, le replico yo. Soy de hostia calentita… Soy más bello que tú… ¡No tengo cara de papel mascado por sucias burguesas! ¡Soy de una esencia rara!… Soy, en fin, lo que de mejor se fabrica en los vientres de nuestras madres cuando, el Creador, por casualidad, desciende bajo la forma que acostumbra para este tipo de ceremonias… Sí, ¿no sabes qué decir? Eres una azucena sorprendente, pero yo, ¡aún soy más sorprendente todavía! Soy tan blanco y tan puro que cuando, por casualidad, toco a una mujer, empalidece… ¡Así es!… Y si alguna vez me hago saltar la tapa de los sesos en este jardín, amigo mío, ya podéis liar el petate todos: ¡pareceréis gris al lado de mis salpicaduras!»

La azucena, un poco tardo, quiso demostrarme que su perfume llevaba ventaja, sin embargo, con el de mis axilas. Se giró en todos sentidos (¡es asombroso cómo una azucena tiene todos esos sentidos, querido!), se dio vueltas y más vueltas de setenta formas distintas (tirando por bajo, apenas tiene *treinta y siete*) y terminó por arrancarse a sí misma de su tallo; se desparramó, pétalos con pétalos, gotas de rocío con gotas de rocío, murió de

languidez como un simple narciso junto a la fuente, y se marchitó: ¡igual que un joven príncipe que hubiera gustado en demasía del hachís!

… Y bien, mi querido doctor, tengo dudas acerca de la pureza de las azucenas… Y si usted la hubiera contemplado, como yo, retorciéndose bajo los más desordenados espasmos, mientras las religiosas, a lo lejos, cantaban el *De profundis* de sus amoríos, estoy plenamente convencido de que habría emitido las mismas dudas. (Se emite lo que se puede, ¿no es verdad?)

EL MÉDICO: !!…

LUCIEN, *aún sonriente*: No fue en absoluto de ese modo como perdí… Pero ¡tengo motivos para creer que, probablemente, es así como debí pillarlo!

Saluda.

EL MÉDICO: !!…

LUCIEN, *pausadamente*: A menos, querido doctor, que prefiera creer que ha sido mordiendo en los labios a la hija de burgueses Felisa Picarel, virgen y ¡mi prometida!…

Saluda de nuevo. Sale.

VIII
LA APRENSIÓN EN CASA DEL AMOR

LA APRENSIÓN: Hay tres agujas en tu reloj. ¿Por qué?

EL AMOR: Aquí es costumbre.

LA APRENSIÓN: Dios mío, ¿por qué tres agujas? Qué preocupada estoy…

EL AMOR: Nada más natural, más sencillo. Cálmese. La primera señala la hora, la segunda arrebata los minutos y la tercera, siempre inmóvil, eterniza mi indiferencia.

LA APRENSIÓN: Será broma. Creo que no se atreverá a pretender… No, no te atreverías…

EL AMOR: ¿A poner mi corazón en la señal de parada?

LA APRENSIÓN: No entiendo nada de lo que está diciendo.

EL AMOR: ¿Y cuándo me callo?

LA APRENSIÓN: ¡Ah!… entiendo mucho mejor.

EL AMOR: Eso es, la explicación.

LA APRENSIÓN: ¿Qué explicación?

EL AMOR: La que no quiero darle.

LA APRENSIÓN: Debiera haberme figurado que al venir aquí todo sería singular…

EL AMOR: Salvo la pluralidad de mi existencia. No me contento con ser doble; a menudo soy triple.

LA APRENSIÓN: Yendo a tu casa he atravesado un bulevar desierto hasta el infinito, y he caminado a lo largo de un muro tan alto y tan largo que, por encima, apenas se divisaban las copas de algunos árboles como si fueran mechones de peluca de payasos. Estoy segura de que tras ese muro hay un cementerio.

EL AMOR: Siempre hay un cementerio tras los muros.

LA APRENSIÓN: No hay que bromear con lo que se ignora.

EL AMOR: No acostumbro a bromear con las cosas reconocidas como de utilidad pública y corrientes… Sólo me hace gracia *el miedo*. Cuando usted tiembla me entran ganas de reír.

LA APRENSIÓN: No es usted amable.

EL AMOR: Soy amado. Eso me basta.

LA APRENSIÓN: En ese muro, tan alto, tan largo, he descubierto al fin una puertecilla sumamente estrecha y en apariencia sin cerradura.

EL AMOR: Considero que mi puerta no debe tener sexo. Es más casto.

LA APRENSIÓN: Sin embargo he terminado abriéndola, a tientas.

EL AMOR: Excelente… fractura, señora. De noche, todas las puertas son grises[8], están abiertas…

LA APRENSIÓN: He penetrado en la oscuridad, en una sombría alameda que se deslizaba como un torrente en el interior de una sima, y he alzado los ojos para buscar a Dios.

EL AMOR: Otra fractura puesto que no sois creyente.

LA APRENSIÓN: No creo… pero tengo miedo y eso me reconforta.

EL AMOR: Absurdo. Absurdo. Absoluto, Absoluto.

LA APRENSIÓN: He llegado a casa por el absurdo o por lo absoluto, eso importa poco si al fin he llegado. Pero empiezo a creer que estoy siendo la errante de un mal sueño. Tu morada no existe y tú mismo eres una quimera.

EL AMOR: Nada es aquí una quimera. Puede tocar todo cuanto me pertenece. Puede tocarlo todo, a condición de que no se lleve nada porque, probablemente, no le pertenece.

LA APRENSIÓN: … He buscado a Dios, sí, y lo he encontrado, muy alto, en el cielo, o en el fondo de esa alameda que corría como un torrente en el interior de una sima, una especie de limpidez de agua. De modo que había que salvar dos torrentes, el uno con los pies, con la cabeza el otro. Y *ese muro* inexplicable, ese alto muro de cementerio continuaba, formando un ángulo…

EL AMOR: El ángulo de eternidad.

LA APRENSIÓN: Parece ignorar lo que sucede en su casa. De modo que escúcheme seriamente.

EL AMOR: Me ocupo muy poco de las fruslerías de mi puerta.

LA APRENSIÓN: Hace usted mal. Es horroroso.

EL AMOR: Pues siga perdiendo el tiempo. El mío, desde ahora, queda fijado por la tercera aguja.

LA APRENSIÓN: Sobre mi cabeza, la limpidez del agua disminuía y, a mis pies, crecía el abismo. Caminaba por un lodo con tufos de almizcle. Por la

noche, las brujas van a vaciar sus orines bajo la ventana de los jóvenes. Brujas que aplastan sesos de ratón almizclero entre sus manos, rojas de sangre, a modo de jabón. Una papilla infame. De improviso, el agua clara del cielo fluyó entre dos tejados y desapareció arrastrando a las estrellas, a todas las estrellas. No hubo más libertad, mis pies se enraizaron en el suelo. ¿Sin duda sabrá usted que la libertad termina cuando caen las estrellas, no?

EL AMOR: …Cae telón[9]. Perfectamente.

LA APRENSIÓN: Tenía delante otra puerta más hermética todavía. *Dos escalones de los cuales faltaba el primero…*

EL AMOR: El primero… ¿Y sobre qué se apoyaba el segundo, señora?

LA APRENSIÓN: En nada. Se notaba que había un primer escalón porque el sitio quedaba cortado. ¡Y, sin embargo, el segundo llevaba al dintel! Tal vez ese agujero del primer escalón era un tragaluz, un ventanuco de sótano…

EL AMOR: Y de sufrimiento[10], comprendo.

LA APRENSIÓN: Al principio no lo creía. Uno no cree más que en lo que da placer. Al cabo de una hora y un año puse la punta del pie en ese segundo escalón y lo noté resistente.

EL AMOR: Nada resiste más que las cosas que están apoyadas en el vacío… Fíjese si no en el globo terráqueo.

LA APRENSIÓN: Ascendí por la escalera quimérica, por la que nunca se vuelve a bajar.

EL AMOR: Habéis subido por la escala de las esferas como lo hace el compás del astrólogo. Eso no es nuevo, pero lo habéis hecho sin dudar porque es algo demasiado lógico.

LA APRENSIÓN: He subido… *¿como el compás del astrólogo*? ¿No me estará diciendo que tengo las piernas delgadas, verdad? Déjeme continuar mi relato.

EL AMOR: ¡Ah!… continúe, señora. Yo me duermo y os esperaré al final, porque soy muy perezoso. Buenas noches.

LA APRENSIÓN: ¡En vuestro dichoso pasillo es donde he tenido un sabor anticipado de la muerte! Una vez abierta la hermética puerta (ésta no tenía cerradura, tan sólo una aldaba de cobre y se abría como fundiéndose bajo los golpes repetidos), entré apretando los labios y la nariz para no respirar el aire de una casa maldita. A la vez que yo, penetró un perro. No sé qué perro. Tenía más miedo que su amo (yo era su amo puesto que me seguía ciegamente hasta aquí), se apretaba contra mis piernas, lamía mis manos y las humedecía con la angustia de su lengua casi fría. Tenía ganas de matarlo o de

tomarlo afectuosamente entre mis brazos para suplicarle que no me dejara. Era un buen perro; no gruñía y, mientras, olfateaba las cosas sospechosas de aquella morada. Debería gruñir. El grito de un animal me habría devuelto, desde luego, a los sentimientos naturales. Y no se puede dejar de ir hacia los sentimientos sobrenaturales, porque están fuera de nosotros. Notaba perfectamente que la fidelidad de un perro, no puede mecer la dulzura de las alas de lo desconocido, que son membranosas. No hacía falta decirme que, en lo negro, hay ojos humanos y que el infinito es una pupila; no hacía falta decirme que los ojos terminan en pájaros negros, la red de nervios del hombre, ese árbol que salpica la noche con sus ramificaciones, eléctricas, y del cual, la prueba de su fulguración, sería el espejo muerto. Ahora estoy en un país en el que los perros tiemblan sin atreverse a ladrar. Al fondo del pasillo gira una escalera pálida. Los escalones refunfuñan bajo la luz. Debe ser una escalera que muerde. Se cierra bajo mis pies, me atrapa los pies de un bocado. No subiré. ¡Y subo! El perro me abandona, adivino que retrocede ante los mortuorios dientes de la escalera. Subo girando, pero no soy yo quien gira, sino la pálida espiral. Tiene el movimiento lento y muy vertiginoso de un enorme navío zarandeado por el mar. El corazón me falta en cada escalón y sólo vuelve a mí cuando le doy la espalda. Debo girar en torno a mi corazón. Es como una especie de farola de gas en medio del hueco de la pálida escalera. Da tanta luz que no veo nada. Nueva puerta. ¡Oh!… Ésta es bonita. Es totalmente transparente, de amatista clara, de un violeta rosado. Tal vez se trata de una simple vidriera. Está precintada con plomo, como un féretro. Tras ella resbalan, con blanda pereza, cuerpos de reptiles. Dos serpientes blancas. Cuando se apoyan sobre el cristal, se forman ampollas que estallan en burbujas de color lila. Esas blancas serpientes tienen ventosas. Tienen patas. Largas patas fibrosas. La vidriera deforma los objetos que están detrás, y la nueva puerta que se abre —me enseña dos brazos, brazos simplemente.

EL AMOR: Los míos.

LA APRENSIÓN: Heme aquí en una habitación extraordinaria.

EL AMOR: Cierto. No hay más que una cama.

LA APRENSIÓN: Y no es la tuya.

EL AMOR: Todo lo más es donde duermo cuando usted está aquí.

LA APRENSIÓN: Es de madera de tejo.

EL AMOR: Las tórtolas se arrullan también a su gusto en las ramas de un tejo.

LA APRENSIÓN: Pero las raíces de los tejos se hunden en el vientre de los muertos.

EL AMOR: En tal caso, los *tejos* se llaman *cipreses*. ¡No exagera usted nada!

LA APRENSIÓN: ¡Cómo se preocupa de las distinciones honoríficas de los árboles, Dios mío! ¿Nunca pierde usted la cabeza?

EL AMOR: ¡Es verdad que no la conozco!

LA APRENSIÓN: ¿Te conoces a ti mismo?

EL AMOR: Con mucho gusto. Lo confieso… según, en Delfos, el templo de Apolo.

LA APRENSIÓN: No hay que hablar con ligereza en esta habitación, porque es tan sombría que se oye tejer a las arañas de su cerebro.

EL AMOR: Desde que habla seriamente, ellas me han tejido la vela del velero que me lleva lejos de usted.

LA APRENSIÓN: Esta habitación tiene dos ventanas, dos ventanas hacia el norte…

EL AMOR: Por la noche, únicamente.

LA APRENSIÓN: El día no debe penetrar aquí, ¿no es verdad?

EL AMOR: Sí, cuando me cambio de vestido.

LA APRENSIÓN: ¿Y qué es ese biombo de espejos?

EL AMOR: Es la jaula donde encierro al día… es decir…

LA APRENSIÓN: ¡No! Nada de bromas de ese tipo. Esta habitación es sagrada.

EL AMOR: Consagrada, señora.

LA APRENSIÓN: No exageremos. No hace frío a pesar de todo.

EL AMOR: Los trópicos, poco más o menos… sobre todo desde que usted la orienta hacia el norte.

LA APRENSIÓN: Quiero mirar por la ventana.

EL AMOR: Elija. Hay una ventana para ver llegar y otra para ver marchar. En la primera, cuelga un *espejito* de plata ahumada, casi negro. En la segunda, florece una maceta de albahaca cuyas flores amarillas tienen el perfume excesivo del aliento de los gatos. Nunca abro la segunda porque no me gustan las flores… y aún menos el aliento almizclado de las gatas, viles tomadores de ratas.

LA APRENSIÓN: ¡Oh, ese muro! ¡ese muro que se alza hasta el cielo y que tapia el espacio!

EL AMOR: Detrás hay un ejército que espera órdenes para proclamarme rey… o fusilarme. Lo he hecho edificar para no estar turbado ante la perspectiva.

LA APRENSIÓN: Se oye el rumor del Océano.

EL AMOR: Es el viento en la alameda, junto al paso de los *ómnibus transatlánticos*.

LA APRENSIÓN: *El espía* refleja nubes que no pueden divisarse, puesto que el cielo está cerrado. Se diría un alma de negro que soñara formas blancas. Estoy asustado con este *espía*.

EL AMOR: ¡Espere! Con un poco de saliva y el pañuelo, voy a aclarároslo.

LA APRENSIÓN: No haga eso: Veríamos palabras escritas. Entremos rápidamente. Alguien viene. He oído al mar crecerse y también a los transatlánticos.

EL AMOR: Pues mire ahora.

LA APRENSIÓN: Veo una mujer, muy pálida, con ojos de agua verde, que se asoma a la misma ventana que nosotros. Veo que tiene siglos… porque se apoya en un árbol de veinte años cuyas randas son buzardas… Es la *Mar* y el *Amor*. Se apoya en un *mayo* de blancura de hostia y que tiene el cuerpo de hombre ágil, y miembros con miembros, olas con olas, escalofríos de la piel con escalofríos de la piel, la *Mar* trata de invadir al *Amor*. (Tal vez no se trata, en realidad, más que de un *hijo* y su *madre*, un retoño muy natural.) Todavía veo nubes que se abalanzan como escuadrones de grupas redondas. Veo aún… que no veo nada. He querido inclinarme y he estado a punto de perder el equilibrio. Entremos.

EL AMOR: Ha tenido vértigo de verdad esta vez.

LA APRENSIÓN: ¡Sí, he temido reconocerme en esa mujer eternamente pérfida: la *Mar* crecida!

EL AMOR: ¡Vamos, míreme a la cara y no divague más por entre sus olas y sus escalofríos inútiles! ¿Qué ve aún?

LA APRENSIÓN: Veo muy borroso vuestro verdadero rostro, pero encima de él, distingo el cuadrante blanco de vuestro extraño reloj en el que hay tres agujas.

EL AMOR: La primera marca la hora, la segunda arrebata los minutos y la tercera, siempre inmóvil, eterniza mi indiferencia.

LA APRENSIÓN: ¡Ay, tú no me amas!

EL AMOR: Sólo hay que tener miedo a eso, señora.

IX

EN CASA DE LA MUSA

La inmensidad azul.
La inmensidad desnuda.
¡La luna es obesa y el heno huele bien!

ÉL: Han llovido cenizas sobre la huella de mis pasos, desertores de la carretera general. ¡Espera! te quiero entera… cuando el aroma del henar ha salido a mi encuentro, he gritado: «¡Por aquí, estoy aquí, heme aquí!» Abre. Reconozco tu puerta de no haberla visto nunca. Soy el que esperas. ¡Sólo yo soy tu amante, tu esperado, bella desconocida!

ELLA: No puedo abrir a estas horas mi puerta. Mis hermanas, en el huerto están. Mis hermanos, a vendimiar van. Y mi padre duerme.

ÉL: Su silencio es oro. Te adoro. Ni la rubeta verde ni el sapo marrón han podido sorprenderme. ¡Hace tan buena noche! Ven a verla. ¡No quiero esperar más ante el blanco de la puerta terrible! Escudo de Perseo, las flechas lo han atravesado. Por los agujeros de las heridas, veo que no hay nada —tal vez. ¿Tus jardines son bellos?

ELLA: Mis jardines son grandes mausoleos.

ÉL: ¡Ah! jugar al dominó con las lápidas… ¡Cucú! ¡a blancos cerraste tú!

ELLA: En mis jardines llora un mochuelo.

ÉL¡Quiero ver! ¡ver! Es tarde. Abre al bien amado o derribo las puertas.

ELLA: Aquí no hay más que gentes muertas.

ÉL: Tengo las manos colmadas de regalos y mis ojos son dos victorias. Soy tan bonito que me doy miedo. Sobre todo tengo miedo de la hierba mojada que resfría… ¡Oh! no soy más que un niño pequeño… Soy ligero como una pluma.

ELLA: Yo me como a los niños. ¡Vete!

ÉL: ¡Vaya! eso no es tan amargo. Me largo… a enfriarme.

Se aleja por el prado.

¿Tengo ganas de reír o de llorar? Me encuentro tan solitario. No debiera haber venido aquí. La hierba está fría como un sudario. ¿Por qué se obstina? Quiero burlarme de ella, cantar muy fuerte… ¡como se canta ante la muerte!

Canta:

Tres ranas cruzaron el vado,
Amiga Olaina,
Con agujas y un dedal,
Con hebra de lana.

Es para el traje del rey,
Amiga Olaina,
Que harán con el dedo
Y con lana.

Aquí llega el verdugo,
Amiga Olaina
Trayendo un enorme blusón
De gruesa lana.

«Cortad, cosed el traje de elbeuf,
Amiga Olaina.
Está lleno de sangre, pero completamente nuevo
¡Y es de lana!

— No tocaremos la sangre,
Amiga Olaina,
Preferiríamos pudrirnos dentro
¡Con la lana!»

No hay rey, el rey está muerto,
Amiga Olaina
Y nosotras compartiremos su suerte:
¡Romped la lana!

Se oye sonar una campana a lo lejos, y él regresa hacia la puerta cerrada.

¡Creo que este es un momento lírico e histórico! ¡Eh!, ¡todavía estoy aquí, señorita! Abrid… o me mato… Encended la vela… no, pero tengo frío… ¡Un palafrén! ¡Espera!, podemos pulsar otra guitarra… ¡más tarde!

Silencio total.

No hay nada de beber en esta historia. Es ridículo. ¿Por quién me tomará, puesto que no me he matado? Señorita, lo soy todo… ¡menos un imbécil!

Preguntándose con aspecto serio:

¿Hasta qué punto *Ridículo* puede asonantar con *Imbécil*?**[11]**. Es hora de inventar ritmos nuevos. ¡El ritmo es un camino cadencioso como un navío, que os lleva a mar abierto! Preferiría la bella carretera, llana, pero para mí está terminada. La lluvia de cenizas todo lo ha dañado. Plinio está muerto, ¡y enterrado!…

Animándose:

¿Acaso destruir el antiguo ritmo no hará caer las estrellas? Estoy preocupado, ¡Verdaderamente llevo el mundo sobre mis hombros! *¿Estrellas? ¿Hombros?* ¡Esto no rima nada! *¡Procuremos no descubrir el azul de ultramar***[12]**! No sé qué está sucediendo… tampoco veo nada más que los cielos. Y la hierba me llega hasta las rodillas como la cresta y las crines de un reptil depravado. No me preocupo de tomar medidas. ¡No me gustan esas pamplinas, puesto que no tengo nada más que hacer!

El silencio es un fracaso horrible. ¡Son las estrellas que caen… sí, lo oigo muy bien… claramente! No cambiaría mi sitio por todo el bronce de las campanas de la ciudad de Ys. Se trata de resignarse a las cosas mezquinas, y está hecho deprisa: vivimos todos los días sin darnos cuenta. Pero lo que sé, únicamente yo, es que las estrellas caen para que cambien los ritmos poéticos, no voy a enseñarlo a mis contemporáneos. Deseo hostigar su apariencia de tranquilidad mediante mi calma personal, y disfrutaré, con el paso del tiempo, de un curioso espectáculo. Seré, incluso, el principal maestro de ceremonias de ese espectáculo, porque la fuerza de mi perspicacia equivale a la fuerza de transmisión de los ritmos. Lo interesante sería que no me aburriera… ¡y sigue sin haber nada para beber! Hace frío, los búhos cantan y, desde lejos, me

parece como si algunos árboles caminaran boca abajo, sobre las raíces ramificadas, igual que brazos de clowns: ¡mis ojos empiezan a distinguir las raíces tan bien como las ramas! ¡Tal vez estoy muy enfermo!

… No, pero no me divierto. Es necesario que el hombre se divierta a imagen de su Creador. Dios se divierte ferozmente desde que es Dios, aunque no se divertirá mucho tiempo más, porque *estoy aquí…* Siempre algún buen Dios destrona a otro Dios… de manera que nadie ha sabido jamás, ni sabrá, dónde toma el verdadero engaño su origen. Con un engaño verdadero —¡que me den uno!— sublevaría a todo el mundo. ¡Vaya!, agua. Llueve. ¡No!, es sangre. La sangre no es necesariamente roja; y si, desde hace siglos, el menstruo de las mujeres no cegara a los hombres, se vería cómo todo es sangre.

Sólo una cosa no es sangre: el vino, porque es rojo… y aún lo falsifican, me parece; querría beber.

Estornuda.

¡Ya está!, me he constipado. Lo más triste, es que la violencia de mis estornudos determina, ¡ay!, estoy persuadido de ello, sin ningún orgullo, la caída de las estrellas. El ruido de un taco de carretero, atravesando el peligroso puerto de una montaña, determina la avalancha y, mil metros más abajo, el pueblo es engullido. Lamento mucho este constipado, pequeños habitantes de la tierra, pero estaba escrito en el libro de las primeras escrituras de antes del mundo. No puedo hacer nada; y no teniéndoos odio, aún menos amor, os veré morir con ojo *extra-dry…*

Estornuda de nuevo.

Acostémonos cuan largos somos. Las estrellas son parecidas a las equidnas verdes de las castañas, sus agudos radios os entran en los ojos.

Cerraré, pues, los ojos, y, cosa de lo más normal, serán mis pestañas las que reventarán las estrellas.

Se duerme.

La inmensidad terrible.
La inmensidad desnuda.
¡La luna es obesa y el heno huele bien!

ELLA, *abriendo la puerta*: Aquí estoy.

Se oye sonar campanas. Ella está de pie en el umbral. Está desnuda. Un cinturón de castidad rodea sus costados, un poco delgados, y sobre el triángulo del sexo hay un triángulo de plata repujado de perlas de las que parten destellos eléctricos. Sus cabellos, muy largos, son verdes, hechos de algas marinas, aún viscosas de las manos de los ahogados. Es ciega. En los ojos, herméticamente cerrados como su sexo, brillan monóculos de oro, dos monóculos de oro y no un binóculo, según la independencia de ojos del camaleón. Su boca es de un rojo oscuro. Ella se adelanta, seguida de una banda de murciélagos y de búhos cuyas patas son fosforescentes.

ÉL, *soñando*: Necesitaría veneno de víbora para aplacar mi sed; veneno que, unas manos de ángel, habrían colocado en una cubeta hasta corromperse, fuertemente aromatizado, aromatizado hasta la cándida inconsciencia de los estupros que engendra.

ELLA: Te traigo leche de la divina nodriza, bello niño moreno.

ÉL: ¡Sí, la conozco! «¡Lo dicho, tengo fuego!» Ya estoy hasta gorro de estos modales. ¡De rodillas! ¡De rodillas!, bruja… estás ante el rey y hay que tener más cuidado al despertarme…

ELLA: No quiero despertarte, sino velarte. Soy la gran plañidera.

ÉL: ¡Llora, llora, pastora! Lo haces un rato bien. Puedes abrirme cuanto antes… y darme un abrigo… ¡o mi corona! ¿Limosna? ¡Jamás!

Coro de búhos, que es como el sonido de campanas de plumas con badajo de cola de zorro.

ÉL: No, no tengo miedo de esas estimables bestias. Me sirven de abanico. ¡Espantapájaros! ¡Vete de mi lado! ¡Estoy desbordado por los mezquinos cascabeles de su suntuosidad, beldad!, ¡no, no es!

ELLA, *arrodillándose*:

¡No hay rey, el rey está muerto!
Amiga Olaina,

Y vengo a compartir tu suerte:
¡Romped la lana!

ÉL, *expirando*: ¡Ay!, el triste escanciador… que me roba mi canción… ¡No!, la muerte no es eterna… la… muerte… es… plagio, querida…

Coro de murciélagos, leído y no comprendido, como la incertidumbre escrita de la danza de un patinador ciego.

La inmensidad terrible.
La inmensidad desnuda.
¡La luna es obesa y el heno huele bien!

X

EL PARAÍSO
O EL VIEJO DE LA MONTAÑA

… La nieve.
… Mis sentimientos se anudan en los abetos.

Villiers de l'Isle-Adam.

Cinco actos esquemáticos.

PERSONAJES

ALAODINA, *el Parricida, jeque de las montañas*.
CINGIS-KAN, *príncipe de los Tártaros*.
MARCO-POLO.
LA PRINCESA BELOR, *hija del Preste Juan*.
EL ASTRÓLOGO CRISTIANO.
EL ESCITA ALBANO.
ALAU, *Señor de Levante*, y SUS BARONES.
LA MANTICHORE.

La escena tiene lugar entre los picos de los montes Riphées, ante el castillo de Mamut, y, en el tercer acto, en la llanura de Tangut.

ACTO PRIMERO

MARCO-POLO *y* CINGIS-KAN
ante el castillo de Mamut.

MARCO-POLO: Señor de los Tártaros, aquí tenéis el castillo y las dos montañas.

CINGIS-KAN: Maestre Marco, prudente Latino, habíais jurado traerme aceite de la lámpara de Jerusalén, y habéis sido perjuro.

MARCO-POLO: Señor de los Tártaros, no he podido obtener licencia de monseñor el papa, porque monseñor el papa había muerto; y he esperado dos años por si nombraban otro y después de esos dos años he regresado a Clemeinfu, como prescribe vuestra tabla de oro. —Y os haré poseer algo más precioso que el aceite de esa lámpara, porque no necesita ser bebido. No sin motivo os he conducido a través de los hielos de los montes Riphées, entre los Grifones guardianes de carbunclos: el valle del paraíso está detrás del castillo que hay entre esas dos montañas.

CINGIS-KAN: Enviad rápidamente mi ejército y transportemos el paraíso a mi reino.

MARCO-POLO: El castillo es inexpugnable y la única salida del paraíso. Conviene que nos enfrentemos con humildad a la puerta de su señor y nos pongamos en manos de su voluntad.

CINGIS-KAN: Maestre Marco, con justicia os han puesto el nombre de Polo, el prudente Latino, os devolveré a Venecia con una más holgada tabla de oro y catorce navios de cuatro palos. Enfrentaos, pues, a la puerta del castillo.

ACTO II

ESCENA PRIMERA

LOS MISMOS, ALAODINA *en el castillo*.

ALAODINA: ¿Quién llama?

MARCO-POLO y CINGIS-KAN: Marco-Polo, el noble Veneciano, y Cingis-Kan, señor de los Tártaros.

ALAODINA: ¿Qué queréis?

MARCO-POLO Y CINGIS-KAN: El paraíso en la tierra, como lo tuvo Adán, y el brebaje que da poder a los ojos para verlo, a falta del aceite de la lámpara de Jerusalén, del cual no nos ha podido dar licencia para beberlo monseñor el papa, porque monseñor el papa ha muerto.

ALAODINA: Se abre.

Sale una mano con una copa.

Bebed y entrad aunque la puerta no se abra en absoluto; porque quien bebe, entra.

MARCO-POLO: Este brebaje tiene el olor aliáceo del semen de un ahorcado.

CINGIS-KAN: Este brebaje tiene el sabor insípido de la sangre de un hombre de sangre real destrozado por la Mantichore.

Aquí, Marco-Polo y Cingis-Kan empiezan a describir lo que ven gracias al poder y propiedades del brebaje, aunque el decorado no cambia en absoluto.

MARCO-POLO: ¿Quién ha encendido el sol y la luna como dos lámparas del castillo, igual que dos obeliscolicnios?

CINGIS-KAN: En los dos ríos, de leche y de agua, que están a mi derecha, la luna, que está sobre la montaña siniestra, vierte cenizas de plata.

MARCO-POLO: En los dos ríos, de miel y de vino, que están a mi izquierda, el sol que está sobre la montaña diestra, eyacula pólenes de oro.

CINGIS-KAN: Entre esta claridad perenne, ¿cómo distinguiremos la noche del día, maestre Marco?

MARCO-POLO: Según cambien la luna y el sol sus obeliscolicnios, gran señor de los Tártaros.

ALAODINA, *en el castillo*: Salgamos, maestre astrólogo cristiano, creo que puedo hablar con mis huéspedes.

ESCENA II

CINGIS-KAN, MARCO-POLO,
EL ASTRÓLOGO CRISTIANO Y ALAODINA

CINGIS-KAN: ¿Mediante qué prodigio somos presas de nuevo del rigor y de la malicia del frío de los montes Riphées y los dos astros parecen tizones rojos?

ALAODINA: He hecho y deshecho el paraíso para vos, maese Marco, prudente Latino, y para vos, gran Kan, señor de los Tártaros.

CINGIS-KAN: Os adoramos, Profeta. Os suplicamos, Profeta, que volváis a encender las lámparas del cielo a derecha e izquierda de vuestro esplendor.

ALAODINA: Así sea, con tal de que juréis matar[13] según mi mandato.

CINGIS-KAN Y MARCO-POLO: Mataremos.

Beben.

CINGIS-KAN: En el nacimiento de los cuatro ríos brota la verdadera fuente de la juventud, congelada en una piedra que no es un rubí, ni un ópalo, ni un carbunclo, ni un diamante y que participa de sus cuatro esencias.

MARCO-POLO: Fuera del cipo de la fuente nace una dama de belleza tal que no la hay más bella en el mundo.

Aquí aparece la imagen de la princesa Belor, hija del Preste Juan, y una Mantichore, fiera bastante parecida a una pantera.

ESCENA III

LA PRINCESA BELOR, LA MANTICHORE, CINGIS-KAN, MARCO-POLO, EL ASTRÓLOGO CRISTIANO Y ALAODINA.

ALAODINA: Veis en ese fantasma el retrato verdadero de la princesa Belor, hija del Preste Juan, el cual me ha negado villanamente entregármela para mi paraíso. ¿Estáis resueltos a matar al Preste Juan?

MARCO-POLO Y CINGIS-KAN: A vuestras órdenes.

EL ASTRÓLOGO CRISTIANO: ¡Qué bella es, la princesa Belor!

LA PRINCESA BELOR: Padre, apartad de mis hombros vuestra capa sacerdotal para que pueda elevar los brazos hacia el sabio joven Veneciano, mientras su amigo el Gran Señor desciende hasta las rodillas en la fuente de la juventud.

EL ASTRÓLOGO CRISTIANO: ¡Qué bella es, la princesa Belor! Vete, dragón, vuelve atrás. — Jesús mío, vos habéis dicho que quien haya pecado con su ojo derecho, lo arroje fuera de su rostro. Aquí están mis pecadores ojos que abro y disuelvo en el agua de la fuente de la juventud, a fin de que se mezclen y dispersen en los cuatro ríos del paraíso.

Aquí la Mantichore devora los ensangrentados ojos del Astrólogo cristiano, y agarra bruscamente las rodillas de Cingis-Kan, el cual cree estar sumergido en la vivífica fuente.

CINGIS-KAN: Convendrá matar al Preste Juan después de que la fuerza haya sido devuelta a mis piernas, fatigadas por el viaje, en la fuente rejuvenecedora, cuyas aguas están hechas de carbunclo, rubí, diamante, ópalo y sangre y agua de Cristo, Dios de los cristianos.

ALAODINA: La boca de la Mantichore es el brocal de la fuente, igual que el hierro seguirá a los cuatro caballeros al fin del mundo, ha dicho un niño arrebatado por un águila, Ganimedes o san Juan.

CINGIS-KAN: ¡Qué agradable es el agua, fruncida en dos círculos alrededor de mis muslos como antiparras de cristal rosado!

MARCO-POLO: Devolveré fielmente al Jeque, profeta de las montañas, la princesa Belor, a fin de verla perpetuamente en su paraíso y oír cantar y tañer instrumentos.

LA PRINCESA BELOR: Padre mío, sé que os van a matar traidoramente, pero yo no seré más culpable que ese sabio anciano, estrangulando a su padre Hassán-ben-Sabah. Y Alaodina, jeque de las montañas, jefe de los Hassasinos, es un profeta grande y me unirá en su paraíso con el sabio joven Veneciano.

ALAODINA: Voy a enviar en guerra ahora mismo a estos dos viajeros contra el Preste Juan. No os opongáis al curso de los acontecimientos, señor Astrólogo, y tened cuidado de escindir la tenue columna de humo que es ese fantasma.

ACTO III

La llanura de Tangut

CINGIS-KAN, *en el suelo, sobre un montón de serrín.*
MARCO-POLO, *ataviado en guerrero.*
EL ASTRÓLOGO CRISTIANO, EL ESCITA ALBANO.

CINGIS-KAN: ¿Dónde están el castillo y las dos montañas? La fuente se ha helado en torno a los músculos de mis piernas y el pie y el muslo han sido separados por las rígidas aguas. ¿De quién es esa sangre? Una parte de mi cuerpo se ha fundido en las cálidas aguas como si fuera cera. La fuente debe estar roja de sangre. Oh, profeta, llevadme de nuevo al paraíso. Voy a oscilar entre las piernas del Preste Juan para matarle, con los muñones en un cuenco, encasquetado hasta el culo. Mi benefactor me aplastará con el pie y entraré en el paraíso flotando ¿por cuál de los cuatro ríos? La leche sana, la miel atrae insectos a las heridas, el vino quema y en el agua se ve el rojo. ¡Ay!

Muere.

MARCO-POLO: Ahora que el gran Kan está muerto, conviene que parta solo contra el Preste Juan, si estoy seguro de resultar vencedor; porque esperando este paraíso en la tierra, soy herético y moriría en pecado mortal. Escita Albano, el de la pupila verde, que veis mejor que el lince a través de las montañas y oís mejor que el cornudo cuervo nocturno las palabras lejanas, ¿qué dice ahora el Preste Juan?

EL ESCITA ALBANO: «¿Cómo tiene Alaodina la audacia de pedirme mi hija para colocarla en su paraíso? ¿No sabe que es mía y mi esclava? Pues bien, volved junto a él y decidle que preferiría quemar a mi hija antes que dársela, y que debería matarla por traicionar a su señor.»

MARCO-POLO: Mirad y averiguad quién será el vencedor.

EL ESCITA ALBANO: Los ojos nada pueden ver en el futuro.

MARCO-POLO: Astrólogo cristiano, vos que sois ciego, mirad y averiguad quién vencerá.

EL ASTRÓLOGO CRISTIANO: Hay en el suelo dos mitades de persona; una de ellas es vuestra y la otra del Preste Juan. De modo que una de ellas vencerá a la otra sin que se toquen, él o vos obtendréis la victoria.

MARCO-POLO: Que azoten y despidan hacia el enemigo a los dos astrólogos: al Escita Albano por no haber visto el futuro; al cristiano ciego por haberlo desvelado a pesar de que Nuestro Señor haya prohibido el uso de la adivinación. Y, tránsfugas, enseñad al Preste Juan que voy a derrotarle yo solo, a él y a su ejército, porque sé a buen seguro quién obtendrá la victoria.

— Y Alaodina, jefe de los Hassasinos, mi maestro y profeta, que ha sabido hacer perecer a su padre Hassán, destinado a la inmortalidad, me ha enseñado las tretas para, con el estoque sin filo, ser invulnerable sin otro amparo que la sonora concha, numerosa como el rumor del mar.

Aquí Marco-Polo toma diversas actitudes de esgrima con su espada moderna, y conviene en que se oiga música de órgano.

En prima: el gesto del pudor;
en segunda: el gesto del remador;
en tercera: el dragón que trepa al árbol;
en cuarta: el esquilador que rapa la barba;
en quinta: el leñador que abate el árbol;
en sexta: el soldado que dispara su ballesta;
en séptima: el segador que amputa las piernas;
en octava: la Muerte que corta las cuerdas del arpa.

Aquí Marco-Polo se dirige hacia el Preste Juan.

ACTO IV

MARCO-POLO *conduce ante* ALAODINA *a la* PRINCESA BELOR *y le trae la cabeza del Preste Juan en su espalda*.

LA PRINCESA BELOR: Te amo, Marco-Polo porque has matado a mi padre y, haciéndolo, te has igualado en todo a Alaodina el Parricida, nuestro jeque y gran profeta.

ALAODINA: Maestre Marco, puesto que habéis matado abiertamente, aunque no hayáis muerto, quiero daros el disfrute del paraíso y esta dama. Bebed, pues.

Marco Polo bebe.

LA PRINCESA BELOR: Marco-Polo, conviene que celebremos rápidamente nuestras bodas ante Mahoma y su profeta; aquí está mi collar de oro como prenda nupcial.

Alaodina recibe el collar en su cuello y pone en el cuello de Marco-Polo un ronzal de cáñamo amarillo, Marco-Polo habla al aire como si lo hiciera con Belor.

MARCO-POLO: Tengo tu collar de oro y tus brazos de ámbar blanco alrededor de mi cuello, igual que los rayos del sol y de la luna en los dos obeliscolicnios a los lados de mi jardín, como los cuatro ríos de agua, leche, miel y vino en derredor de mi jardín.

Alaodina alza a Marco-Polo por los aires, de manera que cuelgue del muro del castillo.

ALAODINA: Os ha poseído a través del vacío y yo os conservo, sin embargo, virgen para mí y mi jardín. — Conviene conseguir el semen del joven Latino igual que conseguí la sangre del señor de los Tártaros. Y mezclando los ojos derramados del Astrólogo cristiano volveré a hacer nuevos brebajes y paraísos a los siguientes Hassasinos.

Alaodina hace entrar en el castillo a Belor y cierra la puerta.

ACTO V

ESCENA PRIMERA

ALAU, SEÑOR DE LEVANTE, EL ASTRÓLOGO CRISTIANO, *y* EL ESCITA ALBANO, *ante el castillo de Mamut*.

ALAU, SEÑOR DE LEVANTE: ¿Qué sucede en el castillo?

EL ASTRÓLOGO CRISTIANO: El castillo ha enmudecido porque es inaccesible y no necesita guerreros; hay un hombre colgado desde hace poco que oscila en una cuerda de oro.

EL ESCITA ALBANO: Que las tropas se dispongan a invernar en estos montes Riphées y al pillaje en todo el país de Mulect, porque esperaremos la carestía de víveres del castillo hasta dentro de un año.

Cae el telón.

ESCENA II

LOS MISMOS

ALAU, SEÑOR DE LEVANTE: ¿Qué sucede en el castillo?

EL ASTRÓLOGO CRISTIANO: El castillo sigue mudo como el invierno pasado; hay un esqueleto que entrechoca sus huesos en una cuerda de oro.

EL ESCITA ALBANO: Tras las murallas están dándose una comilona con los áureos frutos del jardín.

ALAU, SEÑOR DE LEVANTE: Que la tropa continúe invernando y saquee hasta la grandísima ciudad de Sapurgan, porque esperaremos todavía un año.

Cae el telón.

ESCENA III

LOS MISMOS

ALAU, SEÑOR DE LEVANTE: ¿Están muertos?

EL ASTRÓLOGO CRISTIANO: El castillo está callado como si no existiera castillo; el viento silba en el vacío al final de una cuerda de oro. Hay polvo de hueso en el aire.

EL ESCITA ALBANO: Los Hassasinos, tras el castillo, en el paraíso en el que se hallan los esqueletos de las mujeres, se han matado entre sí para alimentar con su carne a Alaodina, a fin de que, tras su muerte, prosiga su disfrute de las danzas, la música, los frutos de oro y las mujeres.

EL ASTRÓLOGO CRISTIANO: La puerta abre la boca para hablar.

ESCENA IV

LOS MISMOS. ALAODINA

ALAODINA: ¿Quién ha hablado? ¿Quién ha chocado contra mi puerta? Hace tres años que se choca contra mi puerta.

ALAU, SEÑOR DE LEVANTE: A ti, Alaodina, jeque de las montañas, castellano de Alamut, yo, Alau, señor de Levante. Te ofrezco salvar la vida, siendo testigos el Astrólogo cristiano y el Escita Albano, a tus tránsfugas si abres a mis tropas el paraíso que hay detrás del castillo.

ALAODINA *calla y piensa*.

ALAU: Te ofrezco salvar la vida, Alaodina, si me abres a mí solo, el príncipe de Levante, el paraíso que hay detrás del casillo; si me permites entrever el paraíso que hay detrás del castillo.

ALAODINA *calla y piensa*.

ALAU: Si no haces quemar, Alaodina, el inaccesible paraíso que hay detrás del castillo, te hago saltar los ojos como al Astrólogo cristiano, que es ciego, y arrancar los genitales como al Escita Albano, que ve a través de las montañas.

ALAODINA, *tomando su copa*: Por ti, Alau, príncipe de Levante, alzo esta copa y bebo los cuatro ríos de agua, leche, miel y vino del paraíso que hay detrás de mi castillo de Alamout. No verás nada más de mí. Tras la cerradura de mi fortaleza intomable, guardo el paraíso con sus cuatro ríos, las mujeres, las danzas y los frutos de oro y las músicas, y todo lo que resucita a pesar del hambre del asedio. Testigos, el Escita Albano, que ve a través de las murallas, y el cristiano ciego, que no ve las murallas, bebo los cuatro ríos y he bebido los cuatro ríos de agua, leche, miel y vino y el paraíso y mi castillo de Alamout.

Arroja la copa a lo largo de la montaña.

ALAU: Matad a los viejos.

Los barones irrumpen y obedecen.

LOS DOS ASTRÓLOGOS: Alau, señor de Levante, y vosotros, barones:

EL ESCITA ALBANO: No hay ni paraíso ni castillo, el sol y la luna se han apagado sobre el doble obeliscolicnio, los montes Riphées blanquean y vamos a morir por el rigor y la malicia del frío de las montañas.

EL ASTRÓLOGO CRISTIANO: No ha existido jamás el paraíso ni el castillo.

La muralla se hunde entre los picos nevados.

XI
EN CASA DE LA SEÑORA UBÚ

Escena primera

Algunos hombres hoja-muerta agrupan en torno a un farol su falange de falenas. Barbapiojos corifeo, canta:

Himno

¡Cae en el abismo, trono de Sileno! ¡Cae en el abismo, altar de Baco! ¡Súmete en el abismo, hogar de Diógenes! Sacrílegos obreros, echemos a lo húmedo y a lo negro los símbolos de la filosofía y de los antiguos dioses. Bajo nuestras manos mágicas, lo húmedo y lo negro se esparcen en libaciones que fecundan la tierra. Y gracias únicamente a nosotros, el trigo germina y vive como en el olvido de los siglos por los campos de los Faraones.

Y, por nuestro arte sin paredro, es glorificado lo Inmundo. Llevemos los vasos que toman de nuestras manos artistas. Identificados con nuestra Obra, hundámonos hasta las rodillas. Las oleadas de lo húmedo y de lo negro se estrellan contra nuestras canilleras. Los vapores del abismo, cabeza negra del demonio, se elevan. Pero desde lo alto llora alegre sobre nosotros la luz; y en nuestro cielo hay una aureola.

Escena II

Ubú

La esfera es la forma perfecta. El sol es el astro perfecto. En nosotros, nada es tan perfecto como la cabeza, siempre alzada hacia el sol y tendiendo hacia su forma; mucho más el ojo, espejo de ese astro y semejante a él.

La esfera es la forma de los ángeles. Al hombre no le es dado ser más que un ángel incompleto. Más perfecto que el cilindro, menos perfecto que la esfera, del Tonel del que surge el cuerpo hiperfísico. Nos, su isomorfo, somos bello.

El hombre deslumbrado, se inclina ante nuestra Belleza, reflejo inconsciente de nuestra alma de Sabio. Y todos deberían, arrodillados, respetuosos, quemar incienso ante nosotros. Pero gnomos hundidos en abismos sin nombre, blasfeman nuestra Imagen, mancillando el símbolo en lo húmedo y en lo negro. Celosos de nuestra augusta figura, venguémonos, privando de su jornal a esos obreros que nadie querrá desde ahora ver ejercer su arte. Porque en nuestra Ciencia, los sustituiremos por las grandes serpientes de Bronce que hemos creado, Tragones de lo Inmundo; Que trémulos se hunden con roncos hipidos, en los estrechos antros donde muere la luz; y devueltos a la luz, como el cormorán esclavo del pescador, vomitan el botín por entre sus fauces entreabiertas.

Escena III

Barbapiojos, Sra. Ubú

Barbapiojos: ¡Estoy en uno de esos sitios en los que, sobre los muros blanqueados, para echar fuera a los espíritus, las palmas de la mano han trazado bruñidos pentagramas; ven a este taller donde ejerzo mi arte; a las losas de la tumba, donde el cráneo se cruza con sus dos fémures; quien nos promete el olvido, el silencio y el olvido; donde la herrumbre que rabia ha reptado por los muros y manchado los grimorios!

A espaldas del señor de esa antigua morada, del muy benigno Achras, nuestro amor a este sitio, en el que los muros tienen trazas de bruñidos pentagramas, viene a buscar asilo. Y te ofrezco mi corazón y te tiendo mi mano, en la que pondrás tu mano y lo que de Finanzas robas a tu esposo.

Voz de Ubú, *afuera, perdida en la lejanía*: ¿Quién habla de Finanza? ¿Por nuestro Carajo augusto y tubiforme? No tenemos nada que hacer, porque hemos robado su finanza al amable y muy cortés Achras[14]; le hemos

empalado y arrebatado su casa; y en esa casa nos esforzamos ahora, empujados por los remordimientos, en averiguar cómo podríamos devolverle la parte material y vulgar de lo que le hemos cogido, es decir, su comida.

VOCES AGRIDULCES, *aún más lejanas*: Alumbrad, hermanos, el camino de nuestro maestro, el grueso peregrino. Nosotros le seguimos alegres sin dudar: en grandes cajas de hojalata apiladas durante toda la semana porque sólo en domingo se puede respirar al aire libre. Palafreneros de las Serpientes de bronce, somos los Pa, somos los Pa, somos los Palotes.

SEÑORA UBÚ: ¡Es el Sr. Ubú, estoy perdida!

BARBAPIOJOS: Veo a lo lejos, por la ventanilla en forma de as de diamantes, sus cuernos fulgurantes. ¿Dónde esconderme?

VOZ DE UBÚ: Kérubs del supremo Tonel, iluminadnos en nuestro éxodo hacia los lugares en los que nunca hemos estado. ¡Herdanpo, Mousched-Gogh, Cuatro zonejas, iluminad aquí!

BARBAPIOJOS: Sumerjámonos en los glaucos subterráneos.

SEÑORA UBÚ: ¿Ya miras lo que haces, mi dulce niño? Vas a matarte.

BARBAPIOJOS: ¿Matarme? Por Gog y Magog, ahí se vive, se respira. Es ahí donde trabajo. Uno, dos, ¡hop!

ESCENA IV

Un Ser alto y delgado, surgiendo como un gusano, en el preciso instante en que Barbapiojos se zambulle.

—¡Uf! ¡Qué choque!, ¡me zumba la cabeza!

BARBAPIOJOS: Como un tonel vacío.

EL SER: ¿No le zumba a usted la suya?

BARBAPIOJOS: De ninguna manera.

EL SER: Igual que un puchero rajado. Tengo buena pinta.

BARBAPIOJOS: Más bien pinta de ojo en el fondo de un orinal.

EL SER: En efecto, tengo el honor de ser la Conciencia del Sr. Ubú.

BARBAPIOJOS: ¿Es quien ha precipitado en ese agujero vuestra inmaterial persona?

EL SER: Lo he merecido, le he atormentado, me ha castigado.

SEÑORA UBÚ: Pobre muchacho…

VOCES DE LOS PALOTES, *muy cercanas*: El oído a favor del viento, en filas prietas, avanzamos con paso guerrero y las gentes que nos ven pasar nos toman por militares…

BARBAPIOJOS: ¡Por eso volverás a entrar, y también yo, y también la Sra. Ubú!

Bajando.

LOS PALOTES, *detrás de la puerta*: ¡Somos los Palotes! ¡Jamamos por una bisagra, meamos por un grifo y respiramos la atmósfera por medio de un tubo acodado! ¡Somos los Palotes!

UBÚ: ¡Entrad, cuernicarajo!

ESCENA V

LOS PALOTES, *portando antorchas verdes*. UBÚ.

UBÚ: *Sin decir ni jota, se sienta; todo se viene abajo; reaparece en virtud del principio de Arquímedes. Entonces, muy sencillo y digno*: ¿De modo que las Serpientes de Bronce no funcionan? Conteste o le hago descerebrar.

ESCENA VI

LOS MISMOS. BARBAPIOJOS, *mostrando la cabeza*.

LA CABEZA DE BARBAPIOJOS: No caminan, están detenidos. Es como vuestra máquina de descerebrar, un desastre, casi no le tengo miedo. Ved como los toneles son mejores que toda la jadeante herpetología. Cayendo y volviendo a levantaros habéis hecho más de la mitad de la obra.

UBÚ: Por la punta de mi nabo verde, voy a arrancarte los ojos, tonel, melón, desecho de la humanidad. ¡Quitadle los sesos, cortadle las orejas!

Lo hunde más.

Escena VII

Apoteosis.

Ubú, *instalado sobre su base*.
Los Palotes, *le iluminan*.

Himno de los Palotes

¡Arded, antorchas de muerte! ¡Llorad con vuestros ojos verdes! Lo que el hombre devora, le da vida y le une a su cuerpo. Lo que devuelve a la tierra, lo devuelve a la noche. ¡Llorad antorchas de muerte!

Lo arroja a abismos semejantes al Tártaro, por tortuosos caminos en los que la precipitada caída produce estruendo. ¡Caer en la noche, en lo húmedo y lo negro! La aureola de luz que brillaba en la noche, la tapa el cuerpo del asesino como si fuera una pantalla. ¡Llorad, antorchas de muerte, llorad con vuestros ojos verdes!

ALFRED JARRY (Laval, 1873 - París, 1907) Escritor francés, precursor del dadaísmo y el surrealismo y figura imprescindible en la evolución de las vanguardias del siglo XX, tanto en el teatro como en la narrativa experimental. Su drama *Ubú rey* (1896) obtuvo gran éxito y escandalizó por su tono mordaz y grotesco contra la cultura burguesa; en 1900 apareció *Ubú encadenado*. Entre sus obras, de fondo siempre anárquico, cabe mencionar también *César Anticristo* (1895), *El supermacho* (1902) y *Gestas y opiniones del doctor Faustroll, patafísico* (edición póstuma, 1911). Sus artículos fueron reunidos en *La candela verde* (1969).

Abandonada su provincia bretona todavía niño y llegado a la capital, el París de aquellos años en que triunfaba el simbolismo en pintura y poesía le prodigó una buena acogida: tales eran el atractivo y la apostura del «indiano», como se le solía llamar por sus largos cabellos dispuestos en torno a un rostro luminoso y de ojos negrísimos. Frecuentó a los poetas simbolistas, en particular a Léon-Paul Fargue; al mismo tiempo seguía los cursos de Henri Bergson en la Sorbona y, muy culto en cualesquier arte o ciencia y en lenguas vivas y muertas, escribía poesías y artículos para la *Revue Blanche*, el *Mercure de France* y otras revistas (él mismo fundó una, *L'imagier*).

Su obra más original es *Ubú rey*, pieza en cinco actos de carácter satírico y bufonesco que escribió cuando tenía quince años e inauguró la saga de este

personaje. En principio estaba destinada al teatro de marionetas, y se representó por primera vez en diciembre de 1896. El personaje de Ubú es un arquetipo del cinismo, la grosería, la ineptitud hecha autoridad y el engreimiento ridículo; junto con su mujer, simboliza la ignorancia y la codicia de la burguesía. El nombre del autor quedaría relacionado para siempre con esta obra que se convertiría en una referencia clave para el surrealismo francés.

La primera representación de *Ubú rey*, que puede ser considerada como el estreno inaugural del teatro del absurdo, desató un fuerte escándalo y encendidas polémicas que llevaron inesperadamente al autor a la fama y le valieron el sobrenombre de «le père Ubu» (el padre Ubú). Famoso y al mismo tiempo criticado según los cánones de la moral de la época, siguió escribiendo otras obras con Ubú como protagonista: *Pequeño almanaque de Ubú* (1899), *Ubú encadenado* (1900) y *Ubú en la colina* (1901), entre otras.

Alfred Jarry también produjo poemas que pueden inscribirse en la corriente simbolista y la novela *El supermacho* (1902), acaso el antecedente más claro de la prosa surrealista. Pero, a pesar de su éxito, el escritor no aceptó una vida de próspera mediocridad y se dio a la bebida y a otros excesos de fuerte originalidad, como la ingesta de tinta china. Pronto se le terminó el dinero de la herencia paterna, que no era mucho, y, al cesar la publicación de la *Revue Blanche*, se quedó sin ingresos y se vio abocado a la miseria, el hambre y la enfermedad, que lo condujo a ser hospitalizado. En esa circunstancia describió en una carta una cierta lamentación por la vida no vivida, poco antes de su muerte en el hospital.

Póstumamente apareció *Gestas y opiniones del doctor Faustroll, patafísico* (1911), el libro capital de la «patafísica», disciplina de la que ya había anticipado características en diversas publicaciones, y que se convirtió en un culto de minorías tras su muerte. La patafísica, «ciencia de las soluciones imaginarias», se ocupa de las excepciones en lugar de establecer reglas. *Paralipomènes d'Ubu* (1921) o la novela *La Dragonne* (1943) figuran entre las muchas obras que fueron apareciendo después.

Notas

[1] Se refiere a la locución «comme dans un fauteuil», estar tirada una cosa, vencer fácilmente en una prueba o competición, etc. *(N. del T.)* <<

[2] Se juega aquí con el doble sentido de «qui coiffe»: el indicado y también, que engaña, que pone cuernos. *(N. del T.)* <<

[3] «Vers le boucher du coin», pierde en castellano el doble significado de «quitar el hipo, tirar de espaldas, etc.» y el aquí reseñado. *(N. del T.)* <<

[4] Masculino de *La Vieille Dame* (es decir, La vieja dama, cuya variante masculina, *Le Vieux Daim*, se convierte paródicamente en la traducción apuntada.) *(N. del T.)* <<

[5] *Ubú, rey*. Escena del oso. <<

[6] Juego de palabras, perdido en castellano: en lenguaje argótico, estar espabilado es «avoir du vice», es decir, ser vicioso, literalmente. <<

[7] «Requin», en argot, significa asimismo carabinero. (*N. del T.*) <<

[8] Alusión al verso de Verlaine «la nuit tous les chats sont gris» que añade implicaciones tanto sexuales (chat/gato; puerta) como etílicas (gris/borracho). *(N. del T.)* <<

[9] Aliteración perdida en castellano, entre «étoile tombe» (caer las estrellas) y «toile tombe» (bajar el telón). *(N. del T.)* <<

[10] Ventanuco del sótano es «jour de cave» mientras que en argot, «cave» es el que es imbécil o que respeta el orden establecido, etc. *(N. del T.)* <<

[11] Por la similitud fonética, en francés, entre «ridicule» e «imbécile». *(N. del T.)* <<

[12] *Les jours et les Nuits*, roman d’un déserteur. <<

[13] «Occire», en el original, tiene un sentido más bien irónico. *(N. del T.)* <<

[14] *Les minutes de Sable Mémorial*, l'Autoctète. <<